JACINTO BENAVENTE
Premio Nobel de Literatura de 1922.

¡NO QUIERO, NO QUIERO!...

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Fontalba, de Madrid, en la noche del 10 de marzo de 1928.



Printed in Spain.

Administración de las obras teatrales
de JACINTO BENAVENTE
Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas: de dos y media a cinco.
1928

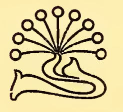
¡NO QUIERO, NO QUIERO!...

JACINTO BENAVENTE
Premio Nobel de Literatura de 1922.

¡NO QUIERO, NO QUIERO!...

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Fontalba, de Madrid, en la noche del 10 de marzo de 1928.



Printed in Spain.

MADRID
LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL HERNANDO (S. A.)
(FUNDADA EN 1828)
Calle del Arenal, núm. 11.
1928



MADRID. — Imp. de Lib. y Casa Edit. Hernando (S. A.), Quintana, 31.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELVIRA, MARQUESA DE RÍO-BLANCO	Margarita Xirgu.
LA CONDESA DE LOS ALAMILLOS	Pascuala Mesa.
DOÑA MANOLITA	Eugenia M. Illescas.
GENOVEVA	María Gil Quesada.
PAULINA	Amelia Muñoz.
ELENITA	Julia Paciello.
LISSIE	María Díaz Valcárcel.
FLORENTINA	Pilar Muñoz.
ALBERTO MANZANARES	Alfonso Muñoz.
MATITO	Carmen Carbonell.
RAIMUNDO	Francisco López Silva.
DELFÍN	Fernando Fresno.
VALERIO	Luis Peña.
FAUSTITO	Fernando Porredón.
MAURICIO	Salvador M. de Castro.
UN CRIADO	Elías Sanjuán.
UN OPERADOR	Cipriano Rivas Cherit.



ACTO PRIMERO

Una sala en casa de la Condesa de los Alamillos, en Madrid.

ESCENA I

ALBERTO. Entra un CRIADO.

CRIADO. Ya he entregado la carta a la señora Condesa. Que haga usted el favor de esperar. La señora Condesa está con el veterinario; el veterinario ha venido a visitar al gato persa de la señora Condesa.

ALBERTO. No era necesaria la explicación.

CRIADO. Hace unos días que no sabemos lo que le pasa, y como nadie sabe lo que es el gato persa para la señora Condesa...

ALBERTO. ¡Lo comprendo! Un animalito... Se les toma cariño.

CRIADO. Sí, señor, sí; pero aquí es por demás. Usted no sabe los disgustos que nos tiene costado ese animalito; más de cuatro criados se han despedido por causa del gato. La señora Condesa es muy buena, no puede ser mejor; la casa es muy buena, no cabe más; pero tocante al gato... Como, por lo que tengo oído, es posible que se quede usted en la casa, no está de más que usted lo sepa. No tome usted a mal que me haya permitido esta confianza sin tener usted el gusto de conocerme.

ALBERTO. Estimo y agradezco la confianza. Lo tendré todo muy presente.

CRIADO. Tome usted asiento. La señora Condesa aún puede tardar. Ha leído la carta. Viene usted bien recomendado.

ALBERTO. ¿Usted sabe quién me ha recomendado?

CRIADO. ¿Quién no conocemos aquí las cartas del padre Fitero? El padre Fitero es para la señora Condesa, no diré tanto como el gato persa, porque no está bien barajar una persona tan respetable con un animalito; pero ya usted comprenderá lo que quiero decir. Con su permiso. Si se queda usted en la casa, bueno es que esté usted al corriente de más de cuatro cosas. *(Sale. Alberto queda solo un momento.)*

ESCENA II

ALBERTO y FLORENTINA, doncella, que entra como si buscara algo, pero se advierte que lo único que desea es conocer al visitante.

FLORENT. Muy buenos días, caballero.

ALBERTO. Muy buenos.

FLORENT. Usted perdone; no encuentro lo que busco. ¡Qué rabia!... Nada, no lo encuentro.

ALBERTO. Como no sé lo que usted busca no puedo ayudarla.

FLORENT. No, muchísimas gracias. Es que no estará aquí. Usted perdone.

ALBERTO. De nada.

FLORENT. Cuando se busca algo y no se encuentra es un fastidio.

ALBERTO. Sí, es un fastidio.

FLORENT. ¿Espera usted a la señora Condesa?

ALBERTO. Sí; ya me han dicho que tardará un poco.

FLORENT. ¿Sabe que está usted aquí?

ALBERTO. Sí, ya lo sabe.

FLORENT. Para decírselo si no se lo han dicho; pero si ya lo sabe no tardará mucho. Tenga usted un poco de pa-

ciencia. Servidora de usted. *(Sale. Alberto queda solo, y a poco entra doña Manolita.)*

ESCENA III

ALBERTO y DOÑA MANOLITA. DOÑA MANOLITA hace una reverencia; ALBERTO saluda también.

D.ª MANOL. Haga usted el favor de sentarse.

ALBERTO. Estoy bien. Gracias.

D.ª MANOL. Mi hermana ya sabe que está usted aquí.

ALBERTO. Sí, señora; ya me lo han dicho. No tengo prisa. No quisiera molestar de ningún modo.

D.ª MANOL. ¿Usted es el recomendado del padre Fitero?

ALBERTO. Sí, señora, sí.

D.ª MANOL. Entonces no hay más que hablar. Usted no sabe los que se han presentado en estos días; pero como el padre Fitero ya nos había anunciado que nos mandaría una persona de toda su confianza, mi hermana no ha querido comprometerse con nadie hasta que usted se presentara.

ALBERTO. Yo me he retrasado unos días porque no estaba en Madrid cuando me avisó el padre Fitero.

D.ª MANOL. Sí, ya nos lo dijo que estaba usted ausente, pero que regresaba usted en seguida.

ESCENA IV

DICHOS y LISSIE, que entra sin dejar de mirar a ALBERTO.

LISSIE. *(A doña Manolita.)* Pardon.

D.ª MANOL. Pardon, muy bien; pero no sé porqué tiene usted que pasar por aquí.

LISSIE. Pardon, señora; fué Florentina que me dijo...

D.ª MANOL. Sí, le habrá dicho a usted que estaba aquí el profe-

sor, y habrá venido usted a curiosear. Todos son ustedes lo mismo.

LISSIE. Señora, yo no me había permitido...

D.ª MANOL. Basta. Ya ha curioseado usted lo que quería. *(Sale Lissie.)* Usted perdone; es la doncella de mi sobrina, una francesa insoportable. Todo el servicio es insoportable, pero no hay más remedio que soportarle. Despide usted a unos y los que vienen son peores. Hasta que se pueda prescindir de ellos en absoluto... Si se llegase a que todo se pudiera hacer por la electricidad...

ALBERTO. Yo creo que no tardará en conseguirse; ya se ha adelantado muchísimo.

D.ª MANOL. Sí, ya hay aparatos para todo: para guisar, para barrer; los aparatos están muy bien, lo que no está tan bien es la electricidad. Aquí instalamos una estufa eléctrica, y cada noche que la encendíamos nos quedábamos a obscuras en toda la casa.

ALBERTO. Sí, en España la electricidad aún es muy deficiente.

D.ª MANOL. Todo no lo podemos tener, porque en otras cosas no tenemos que envidiar a nadie. Yo no sé lo que usted pensará; yo soy muy española.

ALBERTO. Yo también soy muy español.

D.ª MANOL. Así debe ser. En frutas, por ejemplo, bien se puede decir que no hay fruta como nuestra fruta.

ALBERTO. Sí, señora, riquísima.

D.ª MANOL. Esos melocotones de Aragón y las sandías de Crevillente... Y todo..., y todo... Celebro que usted piense lo mismo. Es lo primero que desea mi hermana, que Matito se eduque muy a la española. Usted, claro es, aún no conoce a Matito.

ALBERTO. ¿El gato persa?

D.ª MANOL. ¡Ay, no! Matito es el hijo de mi sobrina, nieto de mi hermana, el heredero del título.

ALBERTO. ¡Usted perdone! ¡Qué distracción la mía!

D.ª MANOL. No, si es lo que yo digo siempre, esa manía de poner nombres raros... El niño se llama Mateo, como se llamaba su abuelo paterno, pero desde que nació le

pusieron Matito y con Matito se quedará. Es muy guapo, muy guapo; pero ya lo verá usted, muy mal criado. Desde la desgracia de esta casa... Ya estará usted enterado.

ALBERTO. Sí, señora, ya me refirió el padre Fitero...

D.ª MANOL. Este niño, ya ve usted, hijo único; mi sobrina viuda tan joven, en circunstancias tan trágicas, porque no fué sólo la muerte de su marido. Yo no sé si el padre Fitero le habrá referido a usted también..., las circunstancias.

ALBERTO. Sí, algo me dijo.

D.ª MANOL. Pues hágase usted cargo; porque no fué lo malo que su marido se matara en el accidente de automóvil, lo peor fué quien le acompañaba cuando se mató; figúrese usted, por mucho que quiso ocultarse, mi sobrina fué la primera que se enteró de todo, porque aunque teníamos muy buenos amigos que hicieron todo lo posible porque no lo supiera, hubo otros muchos amigos que se encargaron de decírselo; usted sabe muy bien que en este mundo hay gente para todo.

ALBERTO. Para todo, sí, señora.

D.ª MANOL. Mi sobrina, trastornada por el dolor del desengaño, porque ella tenía confianza ciega en su marido, que, en efecto, a todos los tenía engañados, menos a mí, que, sin saber porqué, nunca fué santo de mi devoción. Yo tengo corazonadas y no me engañan nunca. Como le decía a usted, trastornada por el dolor del desengaño mi sobrina ya no pensó más que en divertirse: viajes, fiestas, deportes...; desde que enviudó su vida ha sido un torbellino. Su pobre madre y yo, aunque asustadas, no nos atrevimos a contenerla. Es una locura, pensábamos; pero tiene razón. Cuando una mujer pierde lo que ha sido la ilusión de su vida... Por supuesto (y no creo que pueda usted presumir otra cosa), lo que yo califico de locuras en mi sobrina nunca ha traspasado los límites del decoro y de la honestidad. ¡Ah!, eso no, eso ya no lo hubiéramos

consentido. Usted conoce al padre Fitero, que es como conocernos a nosotras y conocer esta casa.

ALBERTO. Por supuesto, señora.

D.ª MANOL. De mi sobrina nadie ha podido decir nada malo; que se divierte todo lo que puede; eso sí, demasiado; por eso este niño se ha criado en la mayor libertad. Su madre por no contrariarle, y nosotras por no contrariar a su madre... Así es que el niño está muy mal criado, ya le digo a usted.

ALBERTO. ¿Qué edad tiene?

D.ª MANOL. Va para los doce años. Su madre todavía es joven y aún no le quita años. Ya ve usted, a esta edad no es posible que este niño siga como hasta aquí, en estado salvaje, porque no quiera usted saber... ¡Ha aprendido unas cosas con los criados!... ¡Un lenguaje, unas maneras!... Algunas veces nos hace mucha gracia; pero no dejamos de comprender que esto no puede continuar. Hay veces que es un sofoco con él, porque le suelta una fresca al lucero del alba, y como casi siempre da en el clavo, porque, eso sí, ya le digo a usted que gracia tiene el muchacho por arrobas; ha salido a nuestra pobre hermana Adelaida (en Gloria esté), que era una mujer graciosísima. Pregunte usted al padre Fitero, que se moría de risa oyéndola.

ESCENA V

DICHOS y GENOVEVA.

GENOVEVA. Tía Manolita...

D.ª MANOL. ¿Qué quieres? Tú eras la única que faltaba.

GENOVEVA. ¿Que yo faltaba? ¿Por qué?

D.ª MANOL. Por nada. A curiosear como todos.

GENOVEVA. ¿Yo?

D.ª MANOL. No finjas. Sí, es el profesor para Matito, el recomendado del padre Fitero, ya lo sabes. Vamos a ver si tu madre ha terminado ya la consulta. *(A Alberto.)*

Cuánto siendo lo que ha esperado usted; usted tendrá sus ocupaciones.

ALBERTO. No, señora; por desgracia no tengo nada que hacer, no tengo prisa.

D.ª MANOL. *(Aparte a Genoveva.)* Parece una persona fina; cuando una persona va mal vestida es cuando más se conoce si es fina o es ordinaria. *(A Alberto.)* Voy a ver qué hace mi hermana. Vamos, Genoveva.

ALBERTO. A los pies de ustedes.

D.ª MANOL. Beso a usted la mano. *(Salen doña Manolita y Genoveva. Alberto queda solo un momento.)*

ESCENA VI

ALBERTO y el CRIADO.

CRIADO. La señora Condesa viene en seguida.

ALBERTO. Cuando guste, que no se moleste, no tengo prisa.

CRIADO. Lo del gato no tenía importancia.

ALBERTO. ¡Cuánto me alegro!

CRIADO. Y todos. La señora Condesa estaba tan disgustada... ¿Ha hablado usted con doña Manolita?

ALBERTO. ¿Doña Manolita?

CRIADO. Sí, hermana de la señora Condesa, soltera. Desde que enviudó la señora Condesa vive con ella. Tiene su genio; yo la entiendo muy bien, pero en la casa no la puede ver nadie. La señorita Genoveva es hija también de la señora Condesa, hermana de la señorita Elvira, la Marquesa viuda, la madre del niño al que va usted a enseñar si, como creo, se queda usted por fin en la casa. Ya verá usted el niño, el Marquesito; no le digo a usted nada, para qué le voy a contar a usted... El señorito Valerio no está en casa. El señorito Valerio es el hijo menor de la señora Condesa, un «viva la Virgen»...

ALBERTO. ¡Hombre!...

CRIADO. Perdone usted; me olvidaba que viene usted reco-

mendado por el padre Fitero. Le deseo a usted buena mano con la señora Condesa. *(Sale.)*

ESCENA VII

ALBERTO y FLORENTINA.

FLORENT. Mucho le hacen a usted esperar. No creo que tarde la señora Condesa.

ALBERTO. No tengo prisa.

FLORENT. ¿Ha hablado usted con doña Manolita?

ALBERTO. Sí, con doña Manolita.

FLORENT. Entonces ya le habrá dicho a usted casi todo.

ALBERTO. Sí, casi todo. Ya he visto a casi todos los de la casa, ya conozco a casi todos, ya soy de la casa casi casi.

FLORENT. No lo crea usted; una casa no se conoce así como así; cada casa es un mundo, que decía mi madre. Me parece que ya viene la señora Condesa. Dirá usted que gracias a Dios, ¿no es verdad? Con su permiso. *(Sale. Entra el Criado y anuncia.)*

CRIADO. La señora Condesa.

ESCENA VIII

ALBERTO y la CONDESA. Viste muy a la antigua.

ALBERTO. Señora...

CONDESA. Me habrá usted perdonado. Cuánto le he hecho esperar, ¡qué fastidio! Siéntese usted, siéntese usted.

ALBERTO. Gracias, señora Condesa.

CONDESA. *(Mirándole con los impertinentes.)* Es usted muy joven. No importa. Vamos a ver: el padre Fitero me ha dado de usted los mejores informes; no necesito saber más; él, por su parte, ya le habrá dicho a usted lo que nosotros deseamos. Mi nieto necesita a su lado, más que un profesor, un educador; su educa-

ción está muy descuidada. Mi pobre hija, con el trastorno de su desgracia, viuda tan joven y de un modo trágico, y más trágico por las circunstancias... Supongo que el padre Fitero le habrá a usted puesto en antecedentes de todo; hágase usted cargo: una mujer joven, enamorada de su marido, y de pronto, sobre la desgracia de perderle, descubrir que ha vivido engañada, que aquel hombre... ¡Triste..., triste!... ¡Pobre hija mía!... Aquel hombre, a quien todos teníamos por un santo, irse a matar cuando iba en compañía de una mujerzuela... Dios la haya perdonado también. ¡Qué vergüenza!... ¡Qué escándalo!... Hubo buenos amigos que procuraron por todos los medios ocultar la verdad; hubo hasta quien llevó al lugar del accidente un coche Ford de segunda mano, para que apareciese destrozado y hacer creer que esa mujer iba en el otro coche, y que la desgracia, en vez de un vuelco, había sido un encontronazo; pero lo del encontronazo no lo creyó nadie; es decir, de lo que se enteró todo Madrid es de que el encontronazo había sido mucho antes. En este Madrid no hay modo de tener nada oculto. Desde entonces mi hija ha vivido sin darse cuenta de cómo vivía; por eso ha descuidado tanto la educación de su hijo, que ya es una verdadera vergüenza para todos. A los doce años no sabe leer ni escribir, su lenguaje deja mucho que desear y sus modales son francamente plebeyos. ¡Un horror, querido mío, un horror!... Perdone usted esta confianza que me tomo de llamarle querido; yo no tengo términos medios con las personas que me son agradables a primera vista.

ALBERTO. Muchas gracias, señora Condesa.

CONDESA. Y vamos a puntualizar. Ya le habrá dicho a usted el padre Fitero la razón de que, a pesar de nuestra religiosidad, que para estos tiempos puede parecer exagerada, hayamos preferido un profesor laico. Ya probamos con dos sacerdotes; pero mire usted, el primero, un santo varón, eso sí, nos acobardó al niño,

que estuvo a punto de enfermársenos; extremó tanto su severidad que al niño le entró un miedo al infierno, a condenarse... Usted comprenderá que bueno es tener miedo al infierno, pero no tanto, sobre todo a esas edades. Más adelante demasiado se da uno cuenta de lo que es el infierno por los que hay en cada familia. El otro sacerdote, otro santo varón, pero más en la realidad, muy sencillo, muy campechano; pero usted sabe, para la gente sin discernimiento... La servidumbre se nos desmoralizaba: que si el padre comía mucho, que si le gustaban las golosinas, que si le gustaba beber... ¡Pobre señor!... No bebía nunca más que una copita de benedictino después de las comidas. Ya ve usted, nada más adecuado para un sacerdote. En fin, que para los criados era un pretexto de volterianismo. Comprendimos lo difícil que es encontrar un sacerdote en su punto, y nos decidimos por un profesor de paisano, laico quiero decir; naturalmente, con todas las seguridades y garantías de religiosidad, moralidad, intachables costumbres y algo de inteligencia. La recomendación del padre Fitero en favor de usted es la mayor seguridad de acierto. Queda usted admitido. Ya sabe usted que la semana próxima salimos de Madrid para pasar el verano en nuestra finca del Norte.

ALBERTO. Sí, señora Condesa; ya lo sabía.

CONDESA. De honorarios y condiciones ya le habrá hablado a usted el padre Fitero.

ALBERTO. Sí, señora Condesa; pero no había para qué hablar.

CONDESA. ¡Ah, sí, sí! Estas materialidades es lo primero que ha de quedar bien puntualizado para no tener que volver a hablar de ello, por lo mismo que son siempre desagradables. Y ahora, con la mayor confianza, usted me dirá si para disponer su viaje, si para cualquier atención del momento, necesita usted algún anticipo, con toda confianza.

ALBERTO. Muchas gracias, señora Condesa; no necesito nada yo me arreglaré como pueda; prefiero empezar al co-

rriente. La señora Condesa sabe lo que son anticipos... ¡Por Dios, señora Condesa..., qué he dicho!... La señora Condesa, por fortuna, no puede saberlo.

CONDESA. ¡Ah!... No crea usted, no crea usted...; en dónde no hay atrasos algunas veces... Pero me alegro que piense usted con tan buen juicio. Mi hija Elvira no está en casa; siento no poder presentar a usted, desde luego. El niño también ha salido; se lo llevó su tío en el auto; andan locos haciendo una película para un beneficio de sociedad. Esto del cine trae locos a los muchachos y a las muchachas; entre el cine y el foot-ball no piensan en otra cosa. Ya se le avisará a usted con tiempo el día fijo de nuestro viaje; depende de mi hija; pero nunca será después de la semana próxima. No le entretengo más; ya le he hecho perder a usted toda la mañana.

ALBERTO. ¡Por Dios, señora Condesa!...

CONDESA. ¿Su nombre de usted y sus señas?

ALBERTO. Alberto Manzanares y López, para servir a la señora Condesa. Esta es mi tarjeta. *(Le entrega una tarjeta.)*

CONDESA. Muy bien, muy bien. Pues no tenemos más que hablar. ¡Ah! Quiero que sepa usted también cuántas son las personas que formamos la familia: mi hija Elvira, marquesa viuda de Ríoblanco, madre del que ha de ser su discípulo; mi hija Genoveva...

ALBERTO. Ya he tenido el gusto de saludarla.

CONDESA. ¡Ah! Mi hijo Valerio, mi hermana Manolita...

ALBERTO. Ya he tenido el gusto de hablar con ella.

CONDESA. Vamos, veo que está usted muy al tanto de todo. De la servidumbre...

ALBERTO. También creo conocer a la mayor parte.

CONDESA. De eso estoy segura; porque el que no haya entrado a verle a usted, habrá andado curioseando por las puertas: es su costumbre. *(Escuchando.)* Me parece que ha llegado el auto de mi hija. Es que con tantas cosas se ha pasado la mañana sin sentir, y es la hora de almorzar. Entonces voy a presentarle a usted. *(Toca un timbre y sale un Criado.)*

CRIADO. A la orden de vuecencia.

CONDESA. Vea usted si ha vuelto la Marquesa. De mi parte que haga el favor de venir.

CRIADO. El auto que ha llegado es el del señorito Valerio.

CONDESA. ¿Con el niño?

CRIADO. Sí, señora Condesa.

CONDESA. ¡Ay! ¡Ya estoy asustada!... ¿Qué les habrá ocurrido? No pensaba venir a almorzar. Traiga usted al niño en seguida. *(Sale el Criado.)* Va usted a conocerle; guapo es muy guapo; pero ya verá usted, no se asuste usted: salvajito, una preciosidad de salvaje.

ALBERTO. De seguro que exageran ustedes.

ESCENA IX

DICHOS, VALERIO y MATITO.

MATITO. ¡Hola, abuela!

CONDESA. Ven aquí. ¿Qué os ha ocurrido?

VALERIO. Calla, mamá; no volváis a decirme que lleve a este bárbaro a ninguna parte. ¿Sabes lo que ha hecho?

MATITO. No le hagas caso.

VALERIO. Estábamos en el golff, nos disponíamos a almorzar... Bueno, antes ya había pinchado todos los neumáticos del coche de los Arellano y se había puesto a boxear con el mecánico de los Arlanza, figúrate, un irlandés que no cabe por esa puerta, y ¡bruto!...

MATITO. Soy yo más bruto que él; si no nos separan le dejo en knok out.

CONDESA. *(A Alberto.)* ¿Se hace usted cargo?

VALERIO. Bueno, pues no contento con esto, estaba yo hablando con Lilí Acevedo y viene este indio con un trapajo lleno de agua, que yo no sé de dónde habrá sacado, y se pone a fregarle la cara.

CONDESA. ¡Qué horror, Matito!... ¡Oh!... ¡Qué criatura!

MATITO. Como todos decís que se pinta mucho...

CONDESA. ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¿Se hace usted cargo?

VALERIO. Figúrate, yo no quise esperar a que Lilí volviera del patatús; lo agarré por un brazo y a rastras lo metí en el coche, y nos hemos venido sin almorzar. ¡Cualquiera esperaba! ¡Qué animal de criatura! ¡Esto es un salvaje!

CONDESA. Tienes razón: un salvaje. Aquí le tiene usted. Ven aquí; este señor es tu profesor, el que vendrá con nosotros este verano y se encargará..., no me atrevo a decir de tu educación, porque es algo más lo que necesitas primero.

VALERIO. ¿A éste?... ¡Cepillarle!... ¡Qué bárbaro!... No quiero pensar lo que habrá dicho Lilí, porque no quieras saber cómo la ha dejado: de veinte mil colores. Y la gente, ¡qué juerga!

MATITO. ¡El juergazo padre!

CONDESA. ¡Jesús! ¿Usted oye?... Bueno, ven aquí; saluda a tu profesor.

MATITO. Yo no quiero profesor. Si me ponen profesor me quedo en Madrid, me escapo, cojo una moto y me escapo.

CONDESA. Sí, a este chico no habrá más remedio que meterle en Santa Rita.

MATITO. Prefiero Santa Rita; no quiero que me pongan profesor. ¡No quiero, no quiero!

ALBERTO. ¿Cree usted que voy a ser malo con usted?

MATITO. Me importa un pepino; si usted es malo, yo soy peor.

CONDESA. Mira, aquí está tu madre.

ESCENA X

DICHOS. Entra ELVIRA, Marquesa viuda de Ríoblanco.

CONDESA. ¡Ay, hija! Esto no puede ser.

ELVIRA. ¿Qué sucede? Ya me han dicho la gracia de Matito. ¡Precioso! *(A Valerio.)* Por supuesto, tú tienes la culpa. ¿A quién se le ocurre llevarle entre gente civilizada? ¡Precioso! ¿Te parece bien? ¡Pobre Lilí Ace-

vedo! Hay que ponerse en su caso. No vuelve a saludarnos.

CONDESA. Elvira, este señor es el recomendado del padre Fitero; ya hemos hablado y estamos de acuerdo. ¿Te parece bien?

ELVIRA. Perfectamente, mamá. *(A Alberto.)* Le compadezco a usted: tener que domesticar a esta fiera.

CONDESA. Vamos, saluda al señor profesor.

ALBERTO. Si hemos de ser buenos amigos. *(Matito le da un pisotón. Alberto no puede reprimir un movimiento.)*

ELVIRA. ¡Matito!...

CONDESA. ¡Jesús, Jesús!... ¿Le ha pisado a usted?

ALBERTO. No ha sido nada... Sin querer.

MATITO. ¡Huy, tiene las botas rotas!... ¡Tiene las botas rotas!...

CONDESA. ¡Por Dios!...

ELVIRA. ¡Matito!... *(Valerio no puede contener la risa.)*

CONDESA. No le haga usted caso.

ELVIRA. Usted perdone.

ALBERTO. No hay de qué, señora... Todos sabemos lo que son niños... «Cette âge sans pitié.» Ya lo dijo La Fontaine...

ELVIRA. Sin piedad, cierto.

ALBERTO. Perdonen ustedes... A los pies de ustedes... *(Sale.)*

CONDESA. ¡Qué sofoco, qué vergüenza! ¡Esto es imposible! ¡Cien pesetas mejor ganadas que las de este pobre hombre!

ELVIRA. ¿Cien pesetas al mes?

CONDESA. Claro. ¿Te parece mucho?

ELVIRA. No, mamá. El mecánico gana trescientas y los gajes.

CONDESA. Lo que me dijo el padre Fitero; yo no he regateado. Después de todo, tiene casa, comida; para un joven honesto, de buenas costumbres, ya está bien cien pesetas; no sé en qué puede gastar cien pesetas.

MATITO. ¡No quiero profesor, no quiero profesor!

VALERIO. Dices bien: un desbravador es lo que deben traerte... ¡Qué barbaro!... ¡Qué bárbaro!...

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Jardín de una villa en una ciudad del Norte de España.

ESCENA I

La CONDESA y DOÑA MANOLITA toman el desayuno. FLORENTINA de pie.

FLORENT. La señora Marquesa dice que tiene mucho sueño, que no se levantará hasta la hora de almorzar.

CONDESA. ¿A qué hora regresaron de Biarritz?

FLORENT. Serían las seis de la mañana.

CONDESA. ¡Qué disparate! ¿En qué coche llegaron?

FLORENT. No sé decir a la señora Condesa. A la puerta llegaron tres coches al mismo tiempo. Con la señora Marquesa venían el señorito Valerio, el señor Ansúrez y ese señor que va siempre con el señor Ansúrez, don Delfín, no sé su apellido; como nadie le llama más que por su nombre.

CONDESA. Sí, Delfín; yo tampoco sé cómo se apellida el amigo de Raimundo Ansúrez.

D.ª MANOL. Di el amigo de todo el mundo. Estas ensaimadas no son como las de todos los días.

FLORENT. No sé decir a la señora.

D.ª MANOL. Pregunte usted. *(A la Condesa.)* ¿No has notado que no son lo mismo?

CONDESA. No había notado nada.

D.ª MANOL. No, si basta que a mí no me parezcan lo mismo para que a ti te parezca que son lo mismo.

CONDESA. Bueno, no vamos a pelearnos por un quítame allá esas ensaimadas. *(A Florentina.)* Pregunte usted si son de donde siempre.

D.ª MANOL. Es que pueden ser de donde siempre y no ser lo mismo.

FLORENT. Preguntaré. Con permiso. *(Sale Florentina.)*

CONDESA. El chocolate sí que no me sabe hoy lo mismo.

D.ª MANOL. No, si basta que lo haya comprado yo para que no te parezca tan bueno como el que tomábamos antes.

CONDESA. Pero mujer, si justamente iba a decirte que me parecía mucho mejor.

D.ª MANOL. Ya te entiendo.

CONDESA. Lo que debes entender es que no tengo ganas de pelear como todos los días; bastantes preocupaciones tiene una y bastantes disgustos.

D.ª MANOL. Preocupaciones no digo; pero tanto como disgustos...

CONDESA. ¿Crees tú?... ¿Crees tú que no es para preocuparme y para disgustarme lo que estoy viendo desde que hemos llegado? Elvira, por ese afán de divertirse sin tino, se está comprometiendo, está dando que hablar demasiado. Esas excursiones a diario con Ansúrez, un hombre que tiene esa reputación de conquistador.

D.ª MANOL. De soltero rico; eso es lo que él pone por su parte; lo de conquistador ya son las mujeres las que se encargan de justificarlo.

CONDESA. Por eso mismo yo no quiero que de una hija mía se pueda decir lo que de esas otras.

D.ª MANOL. Esas otras, unas serán casadas y otras incasables. Elvira no es lo mismo; Raimundo Ansúrez lo sabe muy bien, y me consta que está dispuesto a casarse con ella.

CONDESA. ¿Quién te lo ha dicho?

D.ª MANOL. Su amigo; ese Delfín, que es incapaz de decir lo que el otro no haya dicho.

CONDESA. ¿Casarse? No lo creo. Raimundo Ansúrez tiene el

colmillo muy retorcido, y aunque a él le conviniera casarse con Elvira para hacer un final, como dicen los franceses, ¿es que a Elvira le convendría lo mismo?

D.ª MANOL. Me parece que como posición... Raimundo Ansúrez es riquísimo.

CONDESA. Elvira tiene lo suficiente para vivir, y en posición social perdería por todos estilos.

D.ª MANOL. Ansúrez es un hombre distinguido, admitido en la mejor sociedad.

CONDESA. Con mucha historia.

D.ª MANOL. De eso no vamos a asustarnos. El otro no tenía historia, todos le creíais un santo, y ya vimos el resultado. Éste puede que por lo mismo que ya la ha corrido...

CONDESA. No me convences. Y luego esa criatura, Matito, un padrastro para mi nieto. Vamos, no; eso no.

D.ª MANOL. Si Matito está encantado con su posible padrastro, como tú dices, con los juguetes y las cosas que le regala. Además, a Matito no tendréis más remedio que mandarlo a un colegio de Inglaterra.

CONDESA. Eso sí que no, mientras yo viva. Mi nieto educarse a la inglesa, con el odio que mi marido, su abuelo, tuvo siempre a los ingleses.

D.ª MANOL. Muy justificado hasta que se casó contigo y pudo salir de ellos.

CONDESA. No es verdad. Juan Manuel fué siempre un modelo de orden y de administración. El desorden de su casa procedía de tiempos de Carlos Quinto, por haber sido el cuarto conde de Fuenlabrada partidario de los Comuneros. Demasiado lo sabes; lo que hay es que tú no le podías ver ni en pintura.

D.ª MANOL. Y él me correspondía muy bien.

CONDESA. No tienes razón.

D.ª MANOL. Bueno, dejemos la historia antigua; con la moderna tenemos bastante. Lo del colegio de Inglaterra lo dije por decir; pero algo tendréis que hacer con Matito, porque lo que es a vuestro lado y con ese pro-

fesor, ya ves lo que se adelanta; ya viste lo que sucedió ayer y lo que sucederá todos los días.

CONDESA. Eso sí, no hay quien haga carrera de él. Este buen señor, don Alberto, no tiene ningún carácter.

D.ª MANOL. Además no se hace querer del niño.

CONDESA. Y eso que se lo consiente todo.

D.ª MANOL. Estos profesores particulares lo que quieren es estar a mesa y mantel y a su comodidad. *(Viendo llegar a Delfín.)* ¿Quién?... ¡Ah!...

ESCENA II

DICHAS y DELFÍN.

DELFÍN. ¡Condesa!... ¡Señora!...

CONDESA. ¡Qué madrugador!

DELFÍN. Trasnochador, trasnochador. Aún no me he acostado; no he hecho más que desnudarme, bañarme y volverme a vestir para venir a ver a ustedes.

CONDESA. Era muy natural. Ya sé que han llegado ustedes a las seis de la mañana.

DELFÍN. Sí, por no volver muy de noche y por no volver muy de día hemos vuelto muy de amanecer. Delicioso.

CONDESA. ¿Lo pasaron ustedes muy bien?

DELFÍN. Como siempre; cuando hay gente agradable se pasa bien siempre. Raimundo tiene el arte de saber rodearse.

CONDESA. Para eso es preciso haber tenido antes el de saber redondearse.

DELFÍN. Usted siempre con su ingenio, Condesa.

CONDESA. Sí, con el mío; nó como otros, que es con el de los demás.

DELFÍN. Finísimo, siempre finísimo y hereditario, porque Elvira también tiene muy buenos golpes. Anoche mismo, en el cabaret nuevo, se dijeron cosas graciosísimas. Yo me desespero, porque quisiera recordarlas todas; pero tengo tan mala memoria, que se me olvi-

dan o las confundo, y cuando voy a contarlas ya no tienen maldita la gracia.

CONDESA. ¿Y cómo se ha separado usted de su inseparable?

DELFÍN. ¿De Raimundo? Raimundo vendrá en seguida.

CONDESA. Ya decía yo.

DELFÍN. ¿No sabe usted que hoy filmamos?

CONDESA. ¿Cómo?

DELFÍN. Que los muchachos nos han comprometido para unas escenas de su película.

CONDESA. ¡Ah, sí, la película! ¡Dichosa película! ¿Pero usted no sabe?... Claro, como ustedes se fueron a Biarritz antes del suceso.

DELFÍN. ¿El suceso?

CONDESA. Sí, ¿no le han dicho a usted nada los muchachos? Porque yo no sé si volverán a aparecer por aquí.

DELFÍN. ¿Pues qué ha sucedido? Acabo de ver a Mauricio y me dijo que iba a recoger a las chicas para venir aquí en seguida.

CONDESA. En ese caso... ¿Pero no le han dicho a usted nada?

DELFÍN. Sí, que ayer se divirtieron mucho mientras rodaban las escenas.

CONDESA. Sí que se divirtieron. Figúrese usted que en el momento más dramático...; ya sabe usted que la película es muy dramática.

DELFÍN. Y Genoveva creo que está admirable.

CONDESA. El que estuvo ayer admirable fué Matito, mi nieto: en el momento culminante, cuando estaban todos los muchachos y todas las muchachas impresionando la escena del baile en el jardín, Matito, en complicidad con el chico del jardinero, que es otro diablo, enchufaron la manga de regar el jardín y los pusieron a todos como no quiera usted saber.

DELFÍN. ¡Qué gracioso!

CONDESA. Graciosísimo. Diez modelos de la Lanvin y de la Rancinangue que estrenaban las muchachas para la película echados a perder, y aunque ellas dijeron que no valía la pena, yo sé por los criados lo que dijeron después en su casa. No tendremos más remedio que

encargarles otros y ofrecérselos del modo más delicado posible para que los acepten.

DELFÍN. De eso me encargo yo, Condesa; usted no se preocupe más que de encargarlos, que ya verá usted cómo los aceptan.

CONDESA. No, si de eso estoy segura; pero, la verdad, yo creí que después de lo ocurrido no habría quién les hiciera volver a filmar en nuestra casa.

DELFÍN. Pues si han quedado en venir, ya digo; se conoce que no le han dado importancia.

D.ª MANOL. Menos mal. ¿Y no se ha resfriado ninguno?, porque el remojón fué algo serio.

DELFÍN. En este tiempo... ¡Qué Matito! ¡Qué gracioso!... Lo que yo digo: la gracia hereditaria.

CONDESA. Favor que usted nos hace.

DELFÍN. Es un encanto Matito.

CONDESA. ¿Usted cree?...

DELFÍN. A Raimundo le hace una gracia loca.

CONDESA. Sí, sí; ¡le trae tantos regalos!... Por cierto que yo no sé qué tendrá con nosotras su amigo de usted.

DELFÍN. Por Dios, señora, si Raimundo tiene adoración por todos ustedes. ¿Cómo dice usted?...

CONDESA. Por nada; por los regalos que le trae a Matito, que son como para volvernos locos o para tenernos siempre con el alma en un hilo; figúrese usted: un jaz-band, una carabina de salón, un gramófono... No quiera usted saber lo que son nuestras siestas y los recados que nos manda la vecindad.

DELFÍN. Por Dios, señora, si Raimundo hubiera podido adivinar...

CONDESA. No diga usted, que sabiendo lo que es Matito, y sabiendo lo que es un jaz-band, no tenía mucho que adivinar lo que serían nuestras siestas en adelante.

DELFÍN. ¿No decía usted que no venían los muchachos?... Aquí los tienen ustedes.

ESCENA III

DICHOS, ELENITA, PAULINA, FAUSTITO, MAURICIO y el OPERADOR.

TODOS. *(Saludando.)* ¡Muy buenos días!... ¡Muy buenos días!...

MAURICIO. Condesa... Doña Manolita...

CONDESA. Sois muy valientes.

FAUSTITO. ¿Por qué? ¿Por lo de ayer?... Si fué muy divertido.

OPERADOR. La lástima fué que me quedé sobrecogido y dejé de rodar; hubiera sido una escena admirable, tal vez la mejor del film.

FAUSTITO. ¿Usted cree...? En una película tan seria, ¿cómo iba a justificarse un remojón tan cómico?

MAURICIO. Todo puede justificarse. En el momento más dramático el protagonista puede decir a su amada: ¿Te acuerdas de los alegres juegos de nuestra infancia? Y en esto de los juegos infantiles bien puede entrar el remojón.

FAUSTITO. ¡Es verdad! ¡No habérsenos ocurrido!

OPERADOR. No, si la culpa fué mía por sobrecogerme; no me volverá a suceder. ¿No está en casa el niño?

PAULINA. ¡No, por Dios!

CONDESA. No; ha ido a la playa con su profesor; no volverán hasta la hora de almorzar; pueden ustedes estar tranquilos.

ELENITA. ¿Y Genoveva?

CONDESA. Escribiendo postales a todas sus amigas.

D.ª MANOL. La avisaré que estáis aquí.

PAULINA. No se moleste usted, vamos nosotras. ¿Vamos, Elenita? *(Salen Paulina y Elenita.)*

OPERADOR. ¿Qué escenario necesitamos hoy?

MAURICIO. Hoy no hacemos más que primeros términos: el momento en que yo escribo la carta a la princesa; el momento en que la deposito en el buzón de la puerta de entrada del hotel de la princesa; el momento en que la princesa recibe la carta y la lee; el momento en que

la princesa contesta a la carta; el momento en que llama al criado para que lleve la carta a mi casa; el momento en que yo recibo y leo la carta de la princesa. Todo puede ser muy interesante.

DELFÍN. ¿Tienen ustedes ya el texto de la carta?

MAURICIO. Y todos los rótulos; ayer los probamos, resultan de una claridad...

FAUSTITO. Como que se los hemos encargado a Eugenio D'Ors.

DELFÍN. Entonces hoy no actuaremos ni Raimundo ni yo.

MAURICIO. Haremos una prueba a ver si nos resultan ustedes fotogénicos.

FAUSTITO. Usted sabe que lo más importante es el «make up».

DELFÍN. ¿Qué es eso?

FAUSTITO. El maquillaje; debe usted maquillarse de amarillo.

MAURICIO. De azul es más fotogénico. *(Al Operador.)* ¿Qué opina usted?

OPERADOR. Probaremos el azul, probaremos el amarillo, probaremos el mandarina y probaremos el plátano, que para algunas fisonomías está muy indicado.

ESCENA IV

DICHOS. Entran GENOVEVA, PAULINA y ELENITA, que vienen hablando.

PAULINA. Yo a quien quisiera parecerme es a Pola Negri.

ELENITA. ¡Por Dios! Pola Negri está muy pasada, como la Gloria Swanson y Mary Pickford. Ahora son Dolores del Río y Greta Garvo.

GENOVEVA. Y vosotros, ¿qué decís? ¿Quién os gusta más?

FAUSTITO. Para mí la más artista es esa... Bueno, esa que se llama Lia de nombre y el apellido no se puede decir.

ELENITA. ¿Verdad que no hay nada más bonito que el cine?

PAULINA. Yo sueño con él.

ELENITA. ¡Lo que yo daría por hacer un viaje a Los Ángeles, por llegar a ser una estrella de la pantalla, haber conocido a Valentino!

FAUSTITO. Valentino era un cursi.

ELENITA. ¡Qué más quisierais! Es que a los hombres no hay nada que os moleste más que un hombre guapo; sois más envidiosos que nosotras.

GENOVEVA. A mí me gusta más Gilbert.

PAULINA. Y a mí Ramón Novarro. Mira que en «Ben-Hur»...

ELENITA. Pero los besos de Valentino, cuando empieza en la punta de los dedos y va subiendo, subiendo...

CONDESA. Muchachas no habléis con esa libertad.

ELENITA. Si hubiéramos sabido que oían ustedes...

CONDESA. ¡Ah!, si es por nosotras nada más... ¡Qué muchachas!...

DELFÍN. *(A la Condesa.)* Mucho se retrasa Raimundo; me dijo que tenía que hablar con ustedes.

CONDESA. ¿Con nosotras?

DELFÍN. Sí; algo me encargó que anticipara a ustedes. No creo sorprender a ustedes; ¿quién no ha podido notar que Raimundo está enamorado, perdidamente enamorado de Elvira?

CONDESA. ¿Qué nos dice usted?

D.ª MANOL. ¿Está usted seguro?

DELFÍN. Raimundo no tiene secretos para mí. Raimundo está decidido a casarse con Elvira; de eso quiere hablar con ustedes hoy mismo.

CONDESA. ¡Por Dios!, baje usted la voz que no se enteren; ya sabe usted lo que es la gente.

MAURICIO. Me consta que viene a pedir la mano de tu hermana en nombre de Raimundo Ansúrez.

ELENITA. ¿Y qué va a ser de él si Ansúrez se casa?

GENOVEVA. Yo no creo que Ansúrez le guste a mi hermana.

PAULINA. Hija, tiene mucho dinero. Yo que ella...

GENOVEVA. Mi hermana no da importancia al dinero. Yo no creo que piense en volver a casarse.

MAURICIO. Y con Ansúrez, tan ordinario con todo su dinero.

ELENITA. Ansúrez no es ordinario; tiene la distinción moderna a lo americano; vosotros andáis todavía en la distinción a la europea, que data, como se dice ahora, «avant guerre».

GENOVEVA. Pero yo no puedo creer que a Elvira le convenga para marido.

MAURICIO. Bueno, ¿nos disponemos para rodar?

OPERADOR. Cuando ustedes quieran.

FAUSTITO. ¿Están ustedes seguros de que no está Matito en casa?

ELENITA. Ya hubiera dado señales de su presencia.

MAURICIO. Vamos, vamos, que hay que aprovechar la luz. *(Salen Genoveva, Elenita, Paulina, Faustito, Mauricio y el Operador.)*

CONDESA. Ve con ellos, Manolita, hazme el favor. *(Sale doña Manolita.)*

ESCENA V

La CONDESA y DELFÍN.

CONDESA. ¡Qué mareo de película! Cuatro meses llevan con ella desde que empezaron en Madrid, y por las trazas no se acabará nunca.

DELFÍN. Hay mucha expectación en sociedad. Las muchachas son tan guapas y los muchachos tan distinguidos... Todo el mundo espera algo extraordinario. Raimundo y yo hubiéramos tenido un disgusto si no hubiéramos actuado.

CONDESA. No podían ustedes faltar; su amigo de usted ha sido de los primeros en contribuir a los gastos de la película, como contribuye a todas las obras benéficas que se organizan en sociedad.

DELFÍN. Eso sí, Raimundo es de una esplendidez... Claro es que para figurar en sociedad como él figura no hay otro remedio.

CONDESA. Sí, hay que pagar la novatada. *(Viendo llegar a Elvira.)* ¡Ah, Elvira!...

ESCENA VI

DICHOS y ELVIRA.

CONDESA. ¿Es que no has podido dormir?

ELVIRA. No, estoy muy nerviosa.

CONDESA. No has de estarlo con el trajín de vida que llevas.

ELVIRA. No es por eso.

DELFÍN. No, no es por eso. Cuánto me alegro de ver a usted antes de que venga Raimundo. Usted sabe que está decidido a plantear en serio su petición delante de toda su familia.

ELVIRA. ¡Por Dios!... Ve usted: eso es lo que me tiene nerviosa. Yo nunca creí que Raimundo...

DELFÍN. Pero ¿ha podido usted pensar otra cosa?

ELVIRA. Es que yo no puedo pensar en casarme así, tan de pronto, necesito reflexionar. Usted sabe lo que sabemos todos de Raimundo; no es para confiarse.

DELFÍN. Agua pasada, querida amiga... Raimundo ya sólo piensa en usted, sólo vive para usted; le conozco tanto... Para mí no tiene secretos. Está enamorado, seriamente enamorado.

ELVIRA. Yo sólo tengo para él motivos de agradecimiento; usted sabe lo que se ha interesado por mis asuntos, que estaban un poco embrollados; gracias a él todo está en orden. Le estoy muy agradecida; pero de eso a pensar... Es una determinación muy grave; no se trata sólo de mí; tengo un hijo.

DELFÍN. Que tendrá un verdadero padre en Raimundo; usted sabe cómo le quiere; ¡le hacen tanta gracia sus travesuras!...

CONDESA. Sí, sí; pero mi hija tiene razón: no se puede tomar una determinación tan seria sin pensarlo mucho.

DELFÍN. Tiene usted el verano para pensarlo; en verano son los días más largos; aquí han de tratarse ustedes continuamente; aquí vivimos todos en un escaparate.

ELVIRA. Es que... ¿Lo ve usted?... Es que ya no puede ser lo mismo; es que ya nuestra intimidad sería peligrosa. Yo no quiero que Raimundo pueda decir nunca que yo he coqueteado; nada más lejos de mi carácter. Estoy muy nerviosa... ¡Yo que pensaba divertirme tanto este verano!... ¡Qué fatalidad!... Pero ¿qué he hecho yo para que Raimundo se enamore de mí?

DELFÍN. ¿Raimundo dice usted? Raimundo y todos.

ELVIRA. ¡Por Dios!, no vaya usted a complicar la situación imitándole también en eso.

DELFÍN. Mi sentimiento es devoción.

ELVIRA. Pues sea usted bueno conmigo y dígale usted a Raimundo que no piense en mí de ese modo, que volvamos a ser buenos amigos. ¡Amigos!... ¡Qué triste es no poder tener amigos!... Si por algo deseo llegar a vieja es por eso, por tener la seguridad de tener amigos que no pretendan ser más que amigos. Pero dígame usted la verdad: ¿es que yo he coqueteado con Raimundo?

DELFÍN. En absoluto. Por eso mismo.

ELVIRA. Cuando yo estaba tan tranquila... Yo que pensaba que hubiéramos ido juntos a París en octubre... Nos hubiéramos divertido tanto en los cabarets y en los dancings...

CONDESA. Eso es, los cabarets, los dancings; de ahí proviene todo, de esa libertad de costumbres. ¿Creéis que se puede jugar a los camaradas entre hombres y mujeres impunemente?

ELVIRA. ¡Qué fastidio!... ¡Tan simpático como me era Raimundo!... ¡Tan bien como podíamos haber pasado el verano!...

CONDESA. Pero hija mía, eso de tomar a los hombres como quien se compra modelos para lucirlos en cada estación... Y menos mal que Raimundo ha comprendido con quién trataba y sólo ha pensado en casarse.

ELVIRA. Es que otra cosa no hubiera tenido importancia.

CONDESA. No digas disparates. Si hubiera pretendido ser tu amante, ¿lo hubieras consentido?

ELVIRA. ¿Quién ha pensado en eso, mamá? Un amante aún es más fastidioso que un marido. Yo no he pensado nunca en volver a casarme, pero en tener un amante mucho menos; soy muy moderna para eso.

DELFÍN. Es usted un encanto de mujer; Raimundo no puede ser feliz más que con usted... Si usted no le quiere, será usted responsable... ¿Quién sabe?... De su perdición tal vez.

ELVIRA. No hable usted así, que no parece sino que yo soy el Comendador.

DELFÍN. En todo caso sería usted doña Inés.

CONDESA. Y usted se está pareciendo demasiado a la Brígida.

DELFÍN. Condesa, yo no reparo en papeles cuando se trata de ser amigo de mis amigos. *(Se oye una bocina de automóvil.)* ¡Raimundo!... ¿Puedo darle esperanzas?

ELVIRA. No, no le diga usted nada; yo hablaré con él; es lo mejor.

ESCENA VII

DICHOS y RAIMUNDO.

RAIMUNDO. *(Saludando.)* Condesa...

CONDESA. ¿Poco ha descansado usted?

RAIMUNDO. ¿De la excursión? Ha sido deliciosa; todas nuestras excursiones son deliciosas.

ELVIRA. Sí, eran deliciosas. ¡Qué lástima!...

RAIMUNDO. ¿Por qué dice usted eso?

ELVIRA. Por... Siéntese usted, siéntese usted... Qué fastidio tener que hablar en serio.

RAIMUNDO. ¡Ah!... Por fin en serio.

CONDESA. ¿Qué vas a decirle?

ELVIRA. No sé, no sé...

DELFÍN. *(A Raimundo.)* ¿Por qué no me has dicho que no ibas a ponerte pantalón blanco?

RAIMUNDO. Qué sé yo.

DELFÍN. Ya sabes que no me gusta desentonar.

RAIMUNDO. Está mejor así; si vestimos siempre igual la gente hace chistes.

DELFÍN. Sí, ya sé que por ahí nos llaman la edición de lujo y la edición económica.

RAIMUNDO. ¡Ah!, ¿lo sabías?

DELFÍN. No lo he dado ninguna importancia: nos viste el mismo sastre, nos calza el mismo zapatero, nuestro camisero es el mismo... No sé por qué me llaman la edición económica; la encuadernación es la misma.

RAIMUNDO. Entonces será por el texto. Ya has oído que Elvira quiere que hablemos en serio.

DELFÍN. Sí, te dejo, y me llevaré a la Condesa, que me parece que no está muy de tu parte; la preocupa el nieto. *(Acercándose a la Condesa.)* Condesa...

CONDESA. Sí, sí; que hablen ellos; yo no quiero intervenir para nada en este asunto, y si no fuera por mi nieto... *(Salen la Condesa y Delfín.)*

ESCENA VIII

ELVIRA y RAIMUNDO. No saben qué decirse; por fin van a hablar los dos al mismo tiempo.

RAIMUNDO. Pues sí...

ELVIRA. Ya sé...

RAIMUNDO. Perdone usted...

ELVIRA. No, ¿qué iba usted a decir?

RAIMUNDO. No, prefiero que hable usted. ¿Qué iba usted a decirme?

ELVIRA. Qué sé yo. Nada. No sé qué decir... ¿Qué idea le ha dado a usted de estropear una buena amistad?

RAIMUNDO. Elvira, nosotros sabemos que hemos sido buenos amigos, amigos nada más; la gente no lo cree así.

ELVIRA. ¡La gente..., la gente!... Cuando una sabe que la gente no tiene razón... ¿Cree usted que nos hemos comprometido tanto?

RAIMUNDO. Sí, Elvira, sí; todo el mundo comenta, murmura...

ELVIRA. Pero si a mí me tiene sin cuidado.

RAIMUNDO. Pero a mí no.

ELVIRA. ¿Es que va a importarle a usted mi reputación más que a mí misma? ¿Es que se cree usted obligado, por delicadeza, a casarse conmigo para reparar, como suele decirse, lo que usted sabe muy bien que no ha ocurrido?

RAIMUNDO. Sí, Elvira, eso es, y no es sólo por usted, es por mí; soy yo el que más necesita esa reparación, como usted dice; soy yo el que necesita justificarse ante la

sociedad; la sociedad a la que usted pertenece y en la que yo no soy más que un advenedizo, y esa sociedad no me perdonaría nunca el haber comprometido la reputación de usted. Sí, Elvira, yo no soy un fatuo y conozco muy bien mi situación en sociedad. Si usted no consiente en casarse conmigo mi situación sería desairadísima; todos creerían que mi vanidad de nuevo rico sólo había pretendido añadir una aventura más a la lista, comprometiendo la reputación de una señora como usted, de la mejor sociedad, y hasta ahora de reputación intachable.

ELVIRA. Pero si yo no creo necesaria esa reparación, si yo estoy tan conforme, si a mí me tiene sin cuidado lo que puedan decir.

RAIMUNDO. A usted sí, porque a usted se lo perdonarían todo; entre ustedes todo se perdona y todo se disculpa cuando se trata de ustedes; es la masonería de clases; ¿pero a mí?... Le hablo a usted con el corazón en la mano; se trata de mí; a mí no me lo perdonarían nunca.

ELVIRA. ¿Entonces es usted el que se cree comprometido? ¿Es usted el que necesita la reparación de mi parte?

RAIMUNDO. Eso es, y usted, que es una mujer inteligente, lo comprenderá, sin duda alguna.

ELVIRA. Mire usted, confieso que no se me había ocurrido. Tiene gracia; así ya es gracioso.

RAIMUNDO. ¿Se ríe usted?

ELVIRA. No es que me burle, líbreme Dios; es que así ya es algo nuevo, moderno. ¿Ve usted?, así ya es posible que nos entendamos.

RAIMUNDO. No se burle usted.

ELVIRA. No, no; qué he de burlarme. Si tiene usted mucha razón; el mundo ha cambiado tanto, que ya es posible que por esta libertad de relaciones entre hombres y mujeres, un hombre se crea más comprometido que una mujer. De modo que usted cree que soy yo quien tiene la obligación de ofrecerle a usted mi mano.

RAIMUNDO. No hablemos de obligación. Si yo creyera que para

usted era un sacrificio penoso... Pero usted sabe lo que es usted para mí; mi vida ya no tendría razón de ser si faltara usted en mi vida.

ELVIRA. ¿Pero de verdad le importa a usted tanto de mí?

RAIMUNDO. ¿Pero puede usted dudarlo? ¿No ha visto usted que desde que la conozco a usted mi vida ha cambiado por completo?

ELVIRA. ¿Su vida? ¿No ha sido la de siempre: excursiones, fiestas, cabarets, casinos?

RAIMUNDO. Pero usted sabe que antes algo cambiaba en mi vida con frecuencia, y ahora ha sido usted siempre, ha sido usted siempre, todos los días.

ELVIRA. ¡Ah..., eso sí!

RAIMUNDO. ¿Debo esperar?

ELVIRA. ¿Me permite usted pensarlo?

RAIMUNDO. Yo quisiera que fuera su corazón el que decidiera sin pensar.

ELVIRA. Es que las decisiones del corazón son las más peligrosas y hay que pensarlas más.

RAIMUNDO. Pero si su corazón tuviera que hablar..., así, de pronto, ahora mismo, ¿qué podría decir?

ELVIRA. Así, de pronto... ¿Ahora mismo?... Que estoy muy asustada, no puedo decir otra cosa, que estoy muy asustada.

ESCENA IX

DICHOS y VALERIO, que ha oído las últimas palabras de ELVIRA.

VALERIO. ¿Ya te lo han dicho?

ELVIRA. ¿Qué, Valerio?... No sé.

VALERIO. Te oí que estabas muy asustada; creí que ya sabías...

ELVIRA. ¡Ay!... Ahora si que me asusto de veras.

VALERIO. No, no; ya no hay para qué asustarse, no ha sido nada; ha podido ser.

ELVIRA. ¿Qué ha podido ser?

VALERIO. Que ha podido ahogarse Matito.

ELVIRA. ¡Dios mío!...

VALERIO. Sus cosas, sus barbaridades.

ELVIRA. ¿Pero dices que no ha sido nada? ¿No le ha ocurrido nada?

VALERIO. No te apures; está tan campante.

ELVIRA. Pero ¿qué ha sido?

VALERIO. Sus cosas... Si hasta que no os decidáis a meterlo en un colegio... Se estaba bañando en la playa, como todos los días; todos los días hace alguna barbaridad; pero hoy había resaca y le dió por nadar, por irse muy lejos; le dimos gritos... ¡Qué si quieres! La barca de salvamento salió detrás de él; la barca no consiguió alcanzarle. El profesor, que se bañaba también, fué el que se decidió a seguirle, y le alcanzó por fin. Por cierto que es un gran nadador; no lo sospechábamos por su aspecto. Le alcanzó muy a tiempo, porque Matito ya no tenía fuerzas; un poco más y se ahoga sin remedio.

ELVIRA. ¡Jesús, Jesús!... ¡Qué criatura!... Pero también el profesor... ¡Qué descuido!

VALERIO. No digas nada, porque el pobre hombre ha podido ahogarse también, el mar no estaba hoy para juegos; todo el mundo le ha felicitado. Además, su hazaña ha producido gran efecto en Matito; un efecto de admiración por el profesor, que en adelante puede que le obligue a respetarle y a obedecerle. Los chicos de ahora no tienen admiración y respeto más que por la fuerza bruta. Ya se lo ha dicho bien claro : «No creí que era usted tan fuerte. Tiene usted que enseñarme a nadar como usted.»

ELVIRA. ¿Pero cómo está? ¿No se ha puesto malo?

VALERIO. No. Se asustó un poquillo; pero él es muy templado y se repuso en seguida.

RAIMUNDO. Si está usted intranquila iremos a buscarle en mi coche.

VALERIO. No, si ya vienen, venían conmigo. Ya están aquí.

ESCENA X

Dichos, ALBERTO y MATITO.

Alberto. *(A Valerio.)* ¿Sabe ya la señora Marquesa?...

Valerio. Sí, ya lo sabe; ya le he dicho que gracias a usted...

Alberto. No, a mí no; gracias a Dios. Demos gracias a Dios.

Elvira. *(A Matito.)* No te acerques a mí. ¿Te has propuesto matarme a disgustos? *(A Alberto.)* ¿Pero cómo se ha descuidado usted sabiendo lo que es esta criatura de mis pecados?

Matito. No regañes a don Alberto. He sido yo; nadie ha tenido la culpa más que yo.

Elvira. Por no obedecer, como siempre; ¿te parece bien?... Has podido ahogarte.

Matito. Mejor.

Elvira. ¿Qué dices?

Matito. Que mejor. Para lo que os hubiera importado...

Elvira. ¿Pero oyen ustedes? ¡Decir eso a su madre! *(A Alberto.)* ¿Es así como le enseña usted a respetar a su madre? Es lo primero que ha debido usted enseñarle.

Alberto. Señora Marquesa, yo aún no he tenido tiempo.

Elvira. ¡Decir que no me hubiera importado! ¡Cualquiera que le oiga!... ¡Jesús qué criatura! Esto es una fiera, es un salvaje.

Valerio. Eso, sí; un bárbaro.

Alberto. *(A Matito.)* Ve adentro con tu abuelita, Matito. *(A Valerio.)* Llévele usted; tengo que advertir algo a la señora Marquesa.

Valerio. *(A Matito.)* Anda, vamos.

Matito. No le digas nada a la abuela, que se pone muy pesada, y a tía Manolita menos, que es mucho más pesada. *(Salen Valerio y Matito.)*

ESCENA XI

ELVIRA, ALBERTO y RAIMUNDO.

ALBERTO. Señora Marquesa, ¿me permite usted una observación?

ELVIRA. ¿Se ha molestado usted por las que yo me he permitido hacerle?

ALBERTO. De ningún modo, señora Marquesa. Mi observación es suplicar a usted, a todos, que no motejen al niño de continuo de fiera, de salvaje; que no se anticipen ustedes a sus travesuras previniéndole: «A ver lo que haces.» «Ya harás alguna de las tuyas.» «No harás nada bueno.» Es natural condición humana afirmar nuestra personalidad, sobresalir por algo; si el niño comprende que lo sobresaliente en él es ser malo, procurará ser cada vez peor. Muchas veces, el que nos crean mejores de lo que somos nos obliga a serlo. Es preciso conceder créditos de bondad y de inteligencia. Si no temiera molestar a la señora Marquesa me permitiría contar algo que yo oí muchas veces contar a mi padre, que era un gran educador.

ELVIRA. Cuente usted, me interesa mucho.

ALBERTO. Contaba mi padre que a una amiga suya, desgraciadísima en toda su persona, se le ocurrió hacerse retratar por un pintor glorioso; el pintor no era un pintor realista por fortuna, y ante tan desdichado modelo dejó rienda suelta a su fantasía, y el resultado fué el retrato de una mujer tan hermosa que en nada se parecía al modelo. El retrato, naturalmente, fué la irrisión de todo el mundo como retrato. «Pero ¿ésta es Fulanita? — decían —. ¡Qué más quisiera!» «¿Pero tendrá valor de decir que este es su retrato?» Y aquí entra el milagro que mi padre refería: aquella mujer, tan desgraciado modelo para su retrato, halló en aquel retrato tan favorecido su mejor modelo, y por

arte de composturas, de asimilación, de magia, si se quiere, con asombro de todos consiguió llegar a parecerse a su retrato, que ya no dió que reír y ya no le pareció a nadie tan distinto de la realidad primera. Pues esta historia del retrato favorecido es todo un sistema de educación. ¿No lo creen ustedes?

ELVIRA. Sí, está muy bien todo lo que usted dice. Lo que desearíamos es ver la aplicación de todo ello, porque hasta ahora no hemos advertido el menor adelanto en la educación de Matito.

ALBERTO. Señora Marquesa: con todos los respetos, yo solo no podría conseguir nada. Es decir, yo solo acaso conseguiría más.

ELVIRA. ¡Ah! Le haré a usted el favor de no comprender lo que quiere usted decir.

ALBERTO. Yo desearía que la señora Marquesa lo comprendiera perfectamente.

ELVIRA. Le hemos traído a usted para educar al niño; no pretenderá usted educarnos a nosotros. *(A Alberto.)* ¿Qué le parece a usted?

RAIMUNDO. Es algo impertinente el preceptor.

ELVIRA. Impertinente, pero interesante.

ESCENA XII

DICHOS, la CONDESA, DOÑA MANOLITA, MATITO, GENOVEVA, PAULINA, ELENITA, VALERIO, DELFÍN, MAURICIO, FAUSTITO y el OPERADOR.

RAIMUNDO. ¿Vienen ustedes de filmar?

MAURICIO. Sí. ¡Cómo ha estado Genoveva! ¡Una artistaza! ¡Qué emoción! Lágrimas de verdad; nada de glicerina.

ELENITA. Yo no sé cómo puedes llorar con esa facilidad.

FAUSTITO. En cuanto vean la película van a hacerte proposiciones de todas partes.

MAURICIO. Como a mí; a mí ya me las han hecho.

FAUSTITO. Permite que me ría.

MAURICIO. Bueno, no lo creas. Para esa película que van a impresionar ahora, «Los siete niños de Écija», muy española: hay procesiones de Sevilla, un tentadero, una corrida y una juerga flamenca.

OPERADOR. Gracias a Dios que va a hacerse algo nuevo en España.

DELFÍN. *(A Raimundo.)* ¿Has hablado con Elvira?

RAIMUNDO. Sí, ya te diré.

DELFÍN. Es que creo haber hecho un descubrimiento.

RAIMUNDO. ¿Tú?... ¿Y qué ha sido?

DELFÍN. Que a Genoveva no le hace maldita la gracia que su hermana se case contigo.

RAIMUNDO. No sé porqué.

DELFÍN. Yo sí; Genoveva está interesada por ti.

RAIMUNDO. ¿Interesada?... ¿Es posible?...

DELFÍN. No lo tomes a broma.

RAIMUNDO. De ningún modo; se tendrá en cuenta, después de todo: más joven, soltera, guapa también, de la misma familia.

DELFÍN. No dirás; lo he descubierto yo; en corazones femeninos soy un águila.

RAIMUNDO. Señores, propongo una idea.

TODOS. ¿Qué es?... ¿Qué es?...

RAIMUNDO. El día está hermosísimo; si nos fuéramos a Zarauz a almorzar... Esta tarde hay un partido de pelota benéfico.

MAURICIO. ¡Gran idea!

FAUSTITO. ¡Bravo! ¡Muy bien! ¡Magnífico!

CONDESA. ¡Por Dios!, no descansan ustedes.

RAIMUNDO. *(A Elvira.)* ¿Qué dice usted?

ELVIRA. Me parece muy bien; pero ¿no teme usted comprometerse más todavía?

ELENA. Tendremos que avisar en casa.

MAURICIO. Vamos nosotros.

PAULINA. No, vamos todos mientras preparan los coches.

FAUSTITO. Sí, vamos todos.

TODOS. Hasta ahora. Hasta en seguidita. *(Salen Elenita, Paulina, Mauricio, Faustito y el Operador.)*

RAIMUNDO. *(A Delfín.)* Di a Franz que traigan el Bugatti y el Hispano.

DELFÍN. Voy corriendo. *(Sale.)*

VALERIO. Yo no puedo llevar mi coche; esta mañana he tenido una avería.

ELVIRA. Llevaremos el mío.

CONDESA. *(A doña Manolita.)* ¡Qué trajín!... ¡Esta hija mía!... Estoy por desear que se case.

D.ª MANOL. Sería lo mejor.

RAIMUNDO. *(A Valerio.)* ¿Me acompañas? Voy un momento al telégrafo; venimos en seguida por ustedes. *(Salen Raimundo y Valerio.)*

ELVIRA. *(A Genoveva.)* ¿Qué vas a ponerte tú?

GENOVEVA. Yo voy así. ¿Y tú?

ELVIRA. Qué sé yo. Lo que tengo que arreglarme un poco es el pelo. Ven a ayudarme. *(Salen Elvira y Genoveva.)*

ESCENA XIII

La CONDESA, DOÑA MANOLITA, ALBERTO y MATITO.

CONDESA. Bueno, Matito; delante de tu madre no he querido decirte nada. *(A Alberto.)* Tampoco a usted, por no agravar lo sucedido.

MATITO. No vayas a decir tonterías. Don Alberto no ha tenido la culpa. Y aunque me hubiera ahogado, ¿qué?

CONDESA. ¡Jesús qué criatura! ¡Cualquiera que le oiga!... ¿Tú sabes el disgusto que hubieras dado a tu madre? Y a mí, a tu pobre abuela. ¿Tú crees que no te quiero, aunque siempre tengo que estar riñéndote?

MATITO. Sí, sí. Os importa mucho de mí.

CONDESA. ¿A tu madre no crees que le importas? ¿Tú sabes lo que es una madre? Si hicieras siempre lo que ella te manda o lo que yo te mando...

MATITO. Las mamás no mandan, y las abuelas menos; los que mandan son los papás, y yo no tengo papá.

CONDESA. Buena falta te hacía un padre, un padre...

MATITO. Sí, eso es lo que habéis pensado; por eso es por lo que mamá va a casarse.

CONDESA. Matito, ¿pero qué dices?... ¿Quién te ha dicho?... *(A Alberto.)* ¿Pero qué vigilancia y qué cuidado tiene usted con este niño?

ALBERTO. Señora Condesa, yo aseguro a usted que delante de mí...

CONDESA. Pero, por lo visto, usted no está siempre delante como es su obligación.

MATITO. Claro, como que todo el día vamos a estar, yo aburriéndome con el profesor y él conmigo.

CONDESA. ¿Pero a quién has oído esos disparates?

MATITO. Lo dicen los criados: Florentina y Román decían el otro día que mamá iba a casarse con Raimundo Ansúrez; que por eso me traía tantos juguetes, y a mamá le ha hecho también muchos regalos.

CONDESA. ¡Oh!... Puede que tengan el valor de decirlo. ¡Qué gente! Enemigos pagados; ya se sabe.

MATITO. Decían que él es el que ha arreglado muchos negocios con dinero de mamá para que tengamos más dinero, y que por eso ha vuelto mamá a llevar el collar de perlas.

CONDESA. ¡Jesús, Jesús!...

D.ª MANOL. Hemos adelantado con el preceptor. Antes se contentaba con hacer atrocidades; ahora no se contenta con hacerlas y las dice. ¡Y qué atrocidades!

CONDESA. ¿Qué te decía yo? Que esa hija mía, con su modo de ser se estaba comprometiendo.

D.ª MANOL. No tendrá más remedio que casarse.

CONDESA. Sí, sí; que se case, que se case cuanto antes. Todo es preferible.

MATITO. Ahora no diréis que lo dicen los criados. Si yo lo sé. ¿Creéis que soy tonto? En la playa también me lo han dicho otros niños que lo han oído en sus casas... Pues yo no quiero que se case mamá, no quiero, no quiero. Si se casa mamá me voy, me escapo, me vuelvo a ahogar; pero ahora de veras; me ato una piedra gorda.

CONDESA. ¿No quieres callar? Don Alberto, llévesele usted en seguida donde no le oigamos disparatar. Por supuesto, usted tiene la culpa; no sé qué lecciones son las de usted que no le ha enseñado lo primero que ha debido enseñarle: a respetar a su madre, a respetarnos a todos.

ALBERTO. Señora Condesa, yo me declaro incapacitado para corregir lo que yo no podía tener previsto. Renuncio a mi cargo, y hoy mismo saldré de esta casa, deplorando no haber acertado a cumplir como yo deseaba, como estaba obligado por ustedes y por la persona respetable que me ha recomendado a ustedes.

CONDESA. Será lo mejor. Ha sido una equivocación lamentable.

ALBERTO. De fácil enmienda. Con permiso de la señora Condesa.

MATITO. Que no se vaya don Alberto, no quiero que se vaya.

CONDESA. ¿También esto? Es lo que nos faltaba.

MATITO. No quiero que se vaya, no quiero que se vaya.

ALBERTO. Pero si yo te fastidiaba tanto, si no me querías.

MATITO. Sí que le quiero a usted, ahora sí le quiero. No se va, no se va; si se va me voy yo con él: estaría mejor que aquí, en cualquier parte estaría mejor.

CONDESA. Ahora es cuando yo no puedo consentir que se quede.

ALBERTO. Ni yo lo intentaría, señora Condesa.

MATITO. *(A la Condesa.)* Tú no mandas. *(A Alberto.)* Ella no manda aquí.

D.ª MANOL. Ella es la escoba. Tu abuela manda en ti, en tu madre.

MATITO. ¿En mamá? ¿A que no? En mi mamá no manda nadie.

CONDESA. Tu madre dirá lo mismo que yo.

ALBERTO. ¡Por Dios, señora Condesa!, no vale la pena, yo me voy ahora mismo.

MATITO. No se va, no se va. ¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Ven en seguida!... ¡No quiero que se vaya, no quiero!... Es a la única persona que quiero en esta casa.

CONDESA. Es lo que nos faltaba que oír. ¡A un extraño!

ALBERTO. Señora Condesa, los niños son así; por lo mismo que soy un extraño...

MATITO. ¡Mamá!... ¡Mamá!...

ESCENA XIV

DICHOS y ELVIRA.

ELVIRA. ¿Qué sucede?

MATITO. Que yo no quiero que se vaya don Alberto.

ELVIRA. ¿Que se vaya?... ¿Pero quién ha dicho?...

CONDESA. Él se ha despedido, y a mí me parece muy bien.

ELVIRA. ¿Que se ha despedido usted?

ALBERTO. Sí, señora Marquesa; no debo seguir en esta casa. A oídos de su hijo de usted han llegado cosas que yo no he sabido impedir que llegaran: acaso habían llegado antes de que yo viniera a esta casa; de todos modos yo no he sabido impedir que las repitiera.

ELVIRA. ¿Qué ha dicho?... ¿Qué has dicho?...

CONDESA. No quieras saber. ¡Horrores!

D.ª MANOL. ¡Espantos!

MATITO. He dicho la verdad: que tú vas a casarte.

ELVIRA. ¿Yo?... ¿Quién te ha dicho?...

MATITO. Sí, sí. Yo no quiero que te cases, no quiero que se vaya don Alberto. ¡No quiero, no quiero!...

CONDESA. No sabrás decir otra cosa: «¡No quiero, no quiero!...»

ELVIRA. *(A Alberto.)* Yo le ruego a usted que se quede, se lo ruego.

ALBERTO. Señora Condesa...

MATITO. *(A la Condesa.)* ¿Lo ves? Di quién manda más ahora.

CONDESA. ¿Me desautorizas? Está bien; no te extrañes de que tu hijo haga lo mismo contigo. Está muy bien, muy bien: los hijos se burlan de los padres, los nietos de los abuelos.... ¡El fin de un mundo!... Vamos, Manolita; mañana nos vamos a Madrid. *(Salen la Condesa y doña Manolita.)*

ESCENA XV

ELVIRA, ALBERTO y MATITO.

ALBERTO. Ya oye usted. Yo no debo seguir aquí.

ELVIRA. Se lo ruego. Es la primera vez que he visto a mi hijo interesarse por alguien. ¿Es que quieres a don Alberto?

MATITO. Porque él me quiere a mí.

ELVIRA. ¿Sabes tú que él te quiere?

ALBERTO. Es verdad; pero no creí que él lo supiera.

MATITO. Sí me quiere. Cuando me ha sacado del agua y creía que yo me había ahogado, le he visto que lloraba.

ALBERTO. Sí, eso sí.

ELVIRA. Pues quiérele mucho, y haz todo lo que él te diga, para ver si eres bueno, y entonces verás cómo todos te queremos.

MATITO. ¡Vaya una gracia! El caso es quererme como él me ha querido cuando yo era malo con él y él sabía que yo no le quería ni pizca. *(Se oyen unas bocinas de automóvil dentro.)*

ELVIRA. ¡Ah!... Ya están ahí. *(A Alberto.)* ¿Quiere usted hacerme un favor?

ALBERTO. Lo que usted diga, señora Marquesa.

ELVIRA. Decirles que no estoy muy bien y que he tenido que acostarme; que prescindan de mí.

MATITO. Yo se lo diré. Verás tú cómo yo se lo digo.

ELVIRA. No, tú no, que dirías alguna atrocidad. Dame un beso. Así no; un beso fuerte. Hoy almorzarás en la mesa conmigo, con todos. Y don Alberto también.

MATITO. Pero que no se pongan pesadas la abuela ni tía Manolita.

ELVIRA. Descuida. ¡Ah!... Voy antes de que me vean. *(Sale Elvira.)*

ESCENA XVI

ALBERTO, MATITO, RAIMUNDO, VALERIO y DELFÍN.

RAIMUNDO. Avisa a tu hermana. ¿Ya estáis todos?

ALBERTO. La señora Marquesa me ha encargado decir a ustedes que se ha sentido indispuesta y ha tenido que acostarse.

RAIMUNDO. ¿Qué ha sido?

ALBERTO. No sé.

MATITO. Indigestión. Las cenas de por las noches en los cabarets.

VALERIO. ¿Qué dices tú? Voy a ver.

MATITO. *(Bajo a Valerio.)* No vayas, que todo es mentira. Es que mamá no quiere ir. *(Entra Genoveva.)*

VALERIO. ¡Ah!... Genoveva.

GENOVEVA. Elvira me ha dicho que vayamos nosotros. *(A Raimundo.)* No es nada: cansancio. No ha dormido apenas.

DELFÍN. *(A Raimundo.)* ¿Qué te decía yo? Alguna escena entre las dos hermanas.

RAIMUNDO. No se pierde nada. *(Se oyen dentro las bocinas de los automóviles.)* ¿Oyen ustedes? Nos están esperando. Cuando ustedes quieran.

VALERIO. Vamos, Genoveva. *(Salen Raimundo, Valerio, Delfín y Genoveva.)*

ESCENA XVII

ALBERTO y MATITO.

ALBERTO. ¿Qué dices, Matito? ¿Estás triste?

MATITO. Yo no quiero que se case mi mamá.

ALBERTO. Es natural: no te gustaría tener un padrastro.

MATITO. Padrastro, no. Papá, sí; papá sí me gustaría tener; pero el que yo quisiera, no el que quisiera mi mamá.

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA I

GENOVEVA, ELENITA, PAULINA, MAURICIO, FAUSTITO y el OPERADOR, sentados; unos escriben los sobres de unas invitaciones y otros las van metiendo en ellos.

MAURICIO. ¡Huy, lo que nos falta todavía!...

FAUSTITO. ¡Qué os decía yo? Necesitábamos una plaza de toros para complacer a todo el mundo.

ELENITA. Ya no quedan más que tres palcos.

PAULINA. Y sólo nosotras tenemos más de veinte compromisos.

ELENITA. A las de Boadil que no les falte palco, ¡por Dios!

PAULINA. Y que no estén al lado ni enfrente de las de Íñiguez; fué lo primero que me encargaron.

FAUSTITO. Ya las hemos puesto a unas encima de otras: platea siete y bajo siete.

MAURICIO. Las de Mijares están de luto, ¿verdad?

ELENITA. Sí; pero han dicho que por tratarse de nosotras no quieren dejar de ir aunque las critiquen. Por supuesto, tiene que ser a palco también, para poder esconderse en los descansos.

MAURICIO. Y que las critiquen más todavía.

FAUSTITO. Si no habrá descanso, la película es muy larga.

OPERADOR. Tres horas de duración. Es demasiado. Yo hubiera querido cortar; pero como todos quieren lucirse...

ELENITA. La escena de María Teresa y Fernandita aunque se hubiera cortado...

PAULINA. Y la tuya con Margot Pruneda, que es de un atrevimiento...

MAURICIO. No digas, está muy graciosa.

PAULINA. Con la falda de Margot, que no le llega a las rodillas, y da unas rabotadas... Ya verás como el señor Obispo, que asistirá a la prueba, nos dice que se corte.

MAURICIO. ¿La falda?

ELENITA. ¡Gracioso! La escena. En una película de sociedad no puede llevarse la falda tan corta. Yo he mandado cortar todos los vestidos que me hice para la película, para poder usarlos ahora.

MAURICIO. Se acabaron los palcos.

FAUSTITO. ¡Qué conflicto! Sólo de Biarritz tengo más de nueve pedidos.

PAULINA. Que vayan a butacas de balcón, que se luce mucho.

ELENITA. Oye: entre esos pedidos de Biarritz no vayáis a mezclarnos a alguna de vuestras amigas; que esas señoritas son capaces de todo por confundirse con la gente bien, y como vosotros sois tan complacientes.

FAUSTITO. A quién se le ocurre. Yo te aseguro que si se mezcla alguna no será por nosotros, ¿verdad Mauricio?

MAURICIO. Os garantizamos que si entre las espectadoras hay alguna tachable, será como los que trabajamos en la película, por afición, nunca profesional.

ESCENA II

DICHOS, la CONDESA y DOÑA MANOLITA.

CONDESA. ¡Qué atareados!

MAURICIO. No lo sabe usted bien.

CONDESA. Yo sé por experiencia lo difícil que es complacer a todo el mundo en estos casos. Las funciones benéficas siempre me han costado disgustos, y no hablo del

dinero, porque ya verán ustedes para cobrar qué dificultades; por olvido, naturalmente.

D.ª MANOL. Y la de billetes falsos; por supuesto, cambiazos que darán los criados; yo no creo que haya señoras capaces...

CONDESA. ¿Quién va a creerlo? Bueno, descansen ustedes, y vayan a merendar; en la terraza les han preparado la merienda, un refresquillo.

MAURICIO. Siempre amable, Condesa.

CONDESA. Supongo que en la película no habrá nada que no podamos ver.

MAURICIO. Todo es de una moralidad intachable.

FAUSTITO. Y a pesar de eso no es muy aburrida.

CONDESA. ¿Por qué ha de serlo?

MAURICIO. Genoveva está admirable, ya verá usted. Como se dice en los Estados Unidos, es la que ha robado la película.

CONDESA. ¿Qué quiere decir eso?

MAURICIO. Eso se dice cuando en la película hay una estrella, y otra artista con papel más insignificante es la que consigue destacarse. En nuestra película, Carolina era la que presumía de estrella; pero Genoveva la ha chafado, lo que se dice chafado, y no es que esté mal Carolina; pero le falta no sé qué, no sabría explicarlo; en cambio Genoveva, sin saber por qué, tiene un algo... Es para desear que se arruinaran ustedes y tuviera que dedicarse de lleno al cine. Hablo como artista, no me haga usted caso.

CONDESA. Por supuesto. Vayan ustedes.

FAUSTITO. ¿Dejamos aquí todo esto?

GENOVEVA. No; lo llevaremos todo a mi cuarto. Hay que empezar a repartir esta misma tarde. *(Salen todos menos la Condesa y doña Manolita.)*

ESCENA III

La CONDESA y DOÑA MANOLITA.

CONDESA. ¿Y Elvira no ha vuelto todavía?

D.ª MANOL. No ha vuelto.

CONDESA. ¿Con Matito y con el profesor?

D.ª MANOL. Con Matito y con el profesor.

CONDESA. Estamos bien. Esa hija mía se ha propuesto dar que hablar y comprometerse más cada día. Siquiera con Ansúrez, a pesar de los pesares, era un marido posible, hubiera podido ser. Naturalmente, él ya no piensa en ella; se ve desairado, ¿y por quién? ¡Vamos, vamos! Y el profesor, ¿quién había de decirlo? ¿Y quién iba a pensar que a estas alturas íbamos a rejuvenecernos con otra «Novela de un joven pobre», como la que leíamos en nuestros tiempos, y ya nos parecía inverosímil?

D.ª MANOL. Si hubieras tenido carácter y no hubieras consentido que el profesor se quedara cuando tú le despediste.

CONDESA. ¿Y quién iba a pensar? Y ahora ya lo ves: Matito está cada día más encariñado con él. Y la verdad es que parece otro; se va educando, lo que parecía imposible; ya quiere y respeta a su madre.

D.ª MANOL. Claro, como antes apenas le veía y ahora no se separa de él, por no separarse del profesor.

CONDESA. Pero ¿tú crees?...

D.ª MANOL. Creo lo que ve todo el mundo, lo que todo el mundo comenta: que Elvira ha cambiado de pronto su vida.

CONDESA. Sí, sí; es preciso que yo hable seriamente con ella, y en cuanto al profesor es preciso despedirle.

D.ª MANOL. ¿Tú no ves cómo los criados, que antes le trataban de cualquier modo, ahora se desviven por atenderle y por servirle? No hay más clara señal de lo que la gente piensa y murmura.

CONDESA. No creas que se me había escapado. Hay que despe-

dirle, y eso sólo puede ser por Matito. Si Matito llegara a comprender...

D.ª MANOL. Eso sí; una cosa es que quiera al profesor como profesor y otra sería si se enterase de que puede ser su padrastro. Como ahora no está tanto con los criados no ha podido oír nada, pero si lo oyera.

CONDESA. ¡Calla, por Dios! Me da vergüenza lo que estamos pensando.

D.ª MANOL. Todo es con la mejor intención, porque piensa si Elvira diera una campanada, y campanada sería de cualquier manera, con matrimonio y sin matrimonio. ¿A que no te atreves a pensar lo que te parecería peor?

CONDESA. ¡Jesús, mujer, esas cosas no se piensan!

ESCENA IV

DICHAS, RAIMUNDO, VALERIO y DELFÍN, que trae una porción de paquetitos.

DELFÍN. ¿Llegamos tarde?

RAIMUNDO. *(Saludando.)* Condesa... Manolita...

DELFÍN. Quedamos en ayudar a repartir las localidades; pero nos hemos retrasado; Valerio ha tenido la culpa.

VALERIO. No nos habrán echado de menos.

CONDESA. Todavía tendrán ustedes que hacer. Los muchachos están merendando en la terraza; les hemos dejado en libertad para no tener que asustarnos, porque estos jóvenes de ahora dicen unas cosas sin pensar... Claro es que cuando no se piensa lo que se dice es cuando se dice lo que se piensa.

D.ª MANOL. *(A Delfín.)* Viene usted muy cargado.

DELFÍN. Para Genoveva y sus amiguitas: bombones, marrons; pralinés para las muchachas..., para usted también; permítame usted que la ofrezca. ¿Qué prefiere usted?

D.ª MANOL. Muy amable.

DELFÍN. *(Entregándole un paquete.)* Estas yemitas chinas.

VALERIO. *(A la Condesa.)* He hablado con Raimundo; estamos de acuerdo; es preciso que hables con Elvira muy seriamente.

CONDESA. En eso estoy.

RAIMUNDO. Ustedes perdonarán que yo me haya permitido advertir a Valerio de lo que dice todo el mundo; si lo dijera yo solo podían ustedes creer que hablaba por despecho.

CONDESA. De ningún modo.

DELFÍN. *(A doña Manolita.)* Raimundo está decidido a plantear hoy mismo su petición delante de todos ustedes.

D.ª MANOL. Pero a su amigo de usted, por lo visto, lo mismo le da casarse con Elvira que con Genoveva.

DELFÍN. Él tiene adoración por todos ustedes, su ilusión es pertenecer a la familia.

D.ª MANOL. En ese caso estoy viendo que si Genoveva no le quiere, aún puedo hacerme ilusiones.

DELFÍN. No sería ningún disparate.

D.ª MANOL. ¡Qué buen humor!

CONDESA. Elvira... Viene sola, me alegro. Déjenme ustedes con ella. *(A Valerio.)* Quédate tú, eres su hermano, eres el único varón de la familia y debes imponer tu autoridad. Vayan ustedes.

DELFÍN. *(A doña Manolita.)* Raimundo ha tenido muchos disgustos en estos días; la gente habla... También yo, también yo he tenido muchos disgustos, los mismos que Raimundo.

D.ª MANOL. Naturalmente. *(Salen doña Manolita, Raimundo y Delfín.)*

ESCENA V

La CONDESA, ELVIRA y VALERIO.

CONDESA. ¿Dónde has dejado a Matito?

ELVIRA. Con don Alberto. Fueron a la librería y al correo; don Alberto gira todo lo que gana a su madre; hoy me lo ha dicho Matito.

CONDESA. Sí, se lo cuenta a Matito para que Matito te lo cuente a ti. No es mal sistema.

ELVIRA. Si prefieres creer que con lo que gana sostiene sus vicios...; veinte duros de vicios...

CONDESA. No, si ya sabemos que el profesor es un modelo de virtudes. Estamos en plena «Novela de un joven pobre». Y decían que había muerto el romanticismo.

ELVIRA. No veo el romanticismo por ninguna parte.

CONDESA. Peor si no es romanticismo.

ELVIRA. Pero ¿a qué viene todo esto, si puede saberse?

CONDESA. Oye a tu hermano; él te dirá lo que dice todo el mundo.

ELVIRA. ¿Qué dice todo el mundo? Será una parte muy pequeña del mundo, porque el mundo es muy grande.

CONDESA. No alardees de despreocupación; que te diga tu hermano.

VALERIO. No, yo no tengo nada que decirte; que te diga mamá.

ELVIRA. ¡Ah!... ¡Vamos!... ¿Es porque he cambiado de vida? ¿No os parecía tan mal la que hacía antes? ¿No decíais que me comprometía tanto?

CONDESA. Menos que ahora. Siquiera antes... En fin, antes... Era todos los días lo mismo, y cuando es todos los días lo mismo la gente ya no habla.

ELVIRA. Sí, se fatiga la murmuración.

CONDESA. Eso será. Lo que no puede ser es cambiar de vida, nuestra vida, nuestro modo de ser así como así; la gente busca una explicación, y esa explicación no siempre nos favorece. Todo el mundo creía que ibas a casarte con Raimundo Ansúrez; tú misma nos lo hiciste creer. ¿Por qué le has dejado plantado de la noche a la mañana?

ELVIRA. Porque no le quería lo bastante; porque estoy muy contenta de estar viuda. Sobre todo no se ha perdido nada; se casará con Genoveva, que vale más que yo.

CONDESA. Se casará o no se casará, porque comprenderás que tu hermana no va ganando nada con que todo el mundo crea que no has sido tú la que no ha querido a Raimundo, sino Raimundo el que no te ha querido a ti.

ELVIRA. Dale con todo el mundo. ¿Pero qué creéis?... ¿Qué cree la gente?... ¿Que yo estoy enamorada del profesor?

VALERIO. Como es lo que parece.

ELVIRA. Parece. ¿Por qué?

VALERIO. Por lo que ve todo el mundo.

ELVIRA. Parece mentira que gentes que no tienen otra preocupación que ocuparse de la vida de los demás tengan tan poca práctica en enterarse de la verdad. ¿Qué idea tienen de mí, de la mujer en general? ¿No comprenden que si hubiera algo es cuando no verían nada? ¿Que paseo con él y con mi hijo? ¡Con mi hijo siempre! Piensan que si voy con mi hijo es por ir con él. ¿Por qué no piensan que si voy con él es por ir con mi hijo? ¿Pero qué idea teníais, tenían todos de mí? ¿Me creíais tan insubstancial que iba a contentarme toda mi vida con esa vida frívola, en la que yo sólo he procurado distraer, olvidar el dolor de un desengaño, más cruel porque ni aun podía tener el desahogo del desprecio o la venganza? El deseo de olvidarme de todo me hizo olvidarme hasta de mi hijo, sólo por ser hijo del hombre a quien yo había querido tanto. He sido una mala madre, lo confieso; pero me ofende si creisteis que lo sería siempre. Y ahora que por primera vez estoy contenta de mí, ahora que he recobrado a mi hijo, gracias a la inteligencia de un hombre de corazón, es cuando venís a decirme que me comprometo, que la gente murmura, que todos creen que estoy enamorada del profesor. Hay muchos modos de enamorarse; si no comprenden éste, peor para ellos. Si para el médico que nos salva un hijo de la muerte, si para el maestro que despierta su corazón y su inteligencia no tenemos las madres amor y gratitud, ¿para quién los tendremos?

CONDESA. ¡Precioso discurso! Malo es cuando para explicar una situación dudosa no se sabe qué decir, y peor cuando se sabe decir demasiado. ¡Amor!... ¡Gratitud!... ¡Y todo por amor a tu hijo!... ¡Qué peligroso es que el

corazón juegue a las carambolas!... Créeme, créenos a todos los que te queremos: lo más seguro es que el profesor deje esta casa. ¡Si hubiera salido cuando yo le despedí...

VALERIO. Descuida; ahora seré yo quien le despida. Mejor dicho, quien le obligue a despedirse.

ELVIRA. Obligarle a despedirse no puede ser sin ofenderme o sin insultarle a él; de cualquier modo será una cobardía, porque bien sabéis que no podrá defenderme ni defenderse; pensaríais que su actitud caballeresca era sólo para comprometerme más a los ojos de todos.

VALERIO. No creo que llegue a pedirme una satisfacción. Si cada vez que se despide a un inferior, a un criado, nos pidiera una satisfacción...

CONDESA. No hay por qué ni para qué dar explicaciones; con decirle que se ha pensado mandar a Matito a un colegio.

ELVIRA. Si habéis contado con Matito...

CONDESA. Tú eres la que no ha contado con él. Di que por cuentos de los criados llegue a figurarse algo, y verás si no vuelve a decir como siempre: «¡No quiero, no quiero!...»

ELVIRA. ¿Y qué no ha de querer?

CONDESA. Tú sabrás lo que quieres... No se hable más. Vuelven todos.

ESCENA VI

DICHOS, GENOVEVA, DOÑA MANOLITA, ELENITA, PAULINA, RAIMUNDO, MAURICIO, DELFÍN, FAUSTITO y el OPERADOR.

MAURICIO. ¿Entonces volvemos a reunirnos esta noche?

ELENITA. Sí, sí; hay que dejar repartidas todas las localidades.

DELFÍN. No olviden ustedes mis encargos.

FAUSTITO. ¡Ah!... En confianza, un secreto.

D.ª MANOL. Diga usted, diga usted.

FAUSTITO. Esta noche, a la una, se pasa la película, con la mayor reserva, para nosotros solos.

CONDESA. A esas horas no cuenten ustedes conmigo. ¡Trasnochar a mis años!...

MAURICIO. Pues van señoras con más años que usted.

FAUSTITO. La abuela de las Aranzo, la tía de las Villamojada y la bisabuela de las Casalindes.

RAIMUNDO. ¿Pero no decían ustedes que era para nosotros solos?

MAURICIO. Bueno, y para todos los íntimos de todos nosotros.

CONDESA. ¡Ya!... Digan ustedes que irá la misma gente que el día del estreno.

FAUSTITO. Es posible. Y en cuanto se enteren que es por invitación, todos los que no puedan ir el día de la «première».

ELENITA. En estas funciones de aficionados ya se sabe, los ensayos es lo más divertido.

MAURICIO. En eso se parecen a los matrimonios.

CONDESA. ¿Queréis no decir desatinos?

ELENITA. Hasta la noche.

PAULINA. Hasta luego.

VALERIO. Voy con vosotros.

RAIMUNDO. *(A la Condesa.)* ¿No saldrán ustedes esta tarde?

CONDESA. Sí, bajaremos a la playa a la hora de costumbre.

DELFÍN. Esta tarde canta el sexteto ruso.

ELENITA. Dicen que todos son de la aristocracia rusa.

DELFÍN. Sí, creo que hay una gran duquesa.

FAUSTITO. Sí, la gran duquesa y los camareros.

RAIMUNDO. Hasta más tarde. Condesa... Elvira... *(Salen todos menos la Condesa, doña Manolita, Elvira y Genoveva.)*

ESCENA VII

La CONDESA, DOÑA MANOLITA, ELVIRA y GENOVEVA.

CONDESA. ¿Qué piensas hacer esta tarde?

ELVIRA. Lo mismo que vosotras; lo que haga todo el mundo; bajáis a la playa..., a la playa...

CONDESA. Está bien. Matito vuelve con el profesor; antes de

que tu hermano hable con él es preciso que resolvamos este asunto.

ELVIRA. Si ya lo habéis resuelto vosotros.

CONDESA. Comprende que tenemos mucha razón.

ELVIRA. ¡Mucha razón!... Todo el mundo tiene mucha razón. ¡Si quisierais dejarme tranquila!

CONDESA. ¡Qué criatura!... *(Salen todos. Entran Alberto y Matito.)*

ESCENA VIII

ALBERTO, con unos libros, y MATITO, con periódicos y revistas.

MATITO. ¿Por qué no me dejó usted que comprara aquel periódico francés?

ALBERTO. Si no sabes francés, ¿para qué le quieres?

MATITO. Por las estampas; eran muy bonitas, en colores.

ALBERTO. Las estampas no están en francés; no es un periódico para niños. Cuando yo estudiaba alemán aprendí unos versos que decían, traducidos y en prosa: «El corazón de los niños ha de tener la candidez de la azucena, la verdad del espejo, la frescura del manantial, la alegría de los pájaros que cantan a la mañana.» ¿Te acordarás?... Qué importa: con que tú lo sepas y no lo sepan los demás... ¡Los demás!... ¡Lo que cuesta defender nuestro corazón de los demás!...

MATITO. Por eso quiero yo aprender a boxear.

ALBERTO. ¡Si de todo pudiera uno defenderse en la vida a puñetazos!...

MATITO. A mí me gustaría ser muy fuerte, que no me pudiera nadie.

ALBERTO. Por fuerte que seamos, siempre hay alguien que pueda más que nosotros.

MATITO. A traición.

ALBERTO. Eso: a traición, buena o mala.

MATITO. ¿Hay traiciones buenas?

ALBERTO. Sí, Matito; hay traiciones buenas: yo he sido traidor contigo.

MATITO. ¿Usted conmigo?

ALBERTO. Sí; he conseguido que llegaras a quererme a traición, porque tú estabas decidido a no quererme nunca; yo no era para ti más que el profesor; ahora soy el amigo.

MATITO. Es que yo creí que me iba usted a fastidiar mucho con lecciones y haciéndome estudiar muchos libros, y no me hace usted estudiar nada.

ALBERTO. Es verdad; tú crees que no estudias, y, sin embargo, sin darte cuenta, aprendes algo todos los días, a cada hora. ¿Lo ves? Otra traición... Otra traición buena.

MATITO. ¿Me deja usted que lea este periódico?

ALBERTO. Ese sí puedes leerle.

MATITO. Voy a ver quién ha ganado el partido eliminatorio. ¿Usted sabe jugar al foot?

ALBERTO. Sí; en el colegio de los padres jugábamos mucho; yo era bastante fuerte. Después no he vuelto a jugar; yo he tenido que ganarme la vida desde muy joven.

MATITO. Debe ser muy difícil ganarse la vida.

ALBERTO. No sé si desearte que lo sepas nunca; aunque sé también que, por saberlo, la vida tendrá para ti un valor que, de otro modo, acaso no tendrá nunca. Parece una contradicción, pero cuanto más vivimos para los demás, cuanto menos egoísmo hay en nosotros, somos más egoístas, porque nos estimamos en más, porque guardamos más nuestra vida, por lo mismo que sabemos que no es sólo nuestra.

ESCENA IX

DICHOS FLORENTINA y el CRIADO.

FLORENT. Con permiso de usted, don Alberto.

ALBERTO. ¿Qué hay?

FLORENT. Quisiéramos hablar con usted Román y yo.

ALBERTO Ustedes dirán. *(A Matito.)* Lee tus periódicos. *(Matito se sienta, y haciendo como que lee, mira de cuando en cuando de reojo.)*

FLORENT. Román solo no se atrevía a hablar con usted.

CRIADO Como el asunto es de los dos.

FLORENT. Ya sabe usted que pensamos casarnos.

ALBERTO. ¡Ah!... No sabía nada; ustedes saben que no soy muy curioso.

FLORENT. Podían habérselo dicho a usted sin preguntarlo, y como un día nos vió el señor a éste y a mí que éste me abrazaba... No sé si recordará el señor...

ALBERTO Sí recuerdo.

FLORENT. El señor, claro está, no tiene por qué saber de mi familia; pero si el señor hubiera tenido noticias de mi familia habría comprendido, al ver una cosa así, que no podía ser más que porque estábamos para casarnos.

CRIADO Entre nosotros siempre ha sido todo muy serio. Las señoras tampoco hubieran consentido otra cosa.

ALBERTO. Bueno; ustedes dirán lo que quieren de mí.

CRIADO. Tú sabrás explicarlo mejor.

FLORENT. Pues verá usted: la señora Condesa nos ha consentido que fuéramos novios porque sabía de mi formalidad, y la señora Condesa no quería que yo saliera de la casa más que para casarme; pero una vez que estemos casados, ya nos ha dicho que no quiere matrimonios a su servicio, porque dice la señora Condesa, y puede que no le falte razón, que los matrimonios siempre tienen sus peloteras, y que si hay un disgusto con el uno, es un disgusto con el otro, y que si tuviera que despedir al uno, tendría que despedirnos a los dos, aunque yo no creo que nunca diéramos motivos; pero la señora Condesa se pone en lo peor y puede que no haga mal en ponerse.

CRIADO. No canses al señor.

FLORENT. Había que explicárselo todo. Ya está explicado. Lo que nosotros quisiéramos es que el señor hablara por nosotros a la señora Marquesa. La señora Marquesa ha comprado hace poco una casa en Madrid, una casa muy buena en la calle de Velázquez; a nosotros nos convendría la portería, que es una buena portería,

porque la vecindad es muy buena, y con buena vecindad una portería deja lo bastante. ¡Si el señor fuera tan bueno que influyera con la señora Marquesa!... Nosotros sabemos lo que le aprecia a usted, está contentísima por lo que ha conseguido usted con el niño, que parece otro. Todos lo vemos; antes... Usted no sabe.

ALBERTO. Pero yo creo que si ustedes mismos hablaran con la señora Marquesa... No creo que mi intervención pueda tener mayor eficacia.

CRIADO. Verá usted: es que así como la señora Condesa nos aprecia bastante, la señora Marquesa, su hija, como tiene su servidumbre aparte, y ya se sabe los cuentos y los chismes que andan siempre entre unos y otros. La doncella francesa de la señora Marquesa le ha ido diciendo más de cuatro veces que si nosotros hablábamos o dejábamos de hablar, y que si el niño se enteraba por nosotros de más de cuatro cosas, cosa que no es verdad, porque al niño quien le maliciaba siempre de todo era el mecánico de la señora Marquesa, el alemán, y la doncella de la señora Marquesa, la francesa; que ello es que siempre se están peleando por si la tierra de uno es mejor que la del otro; pero para traer y llevar cuentos ya no se acuerdan que el uno es alemán y la otra es francesa. De modo que si el señor nos hiciera el favor de hablar por nosotros...

FLORENT. Nosotros sabemos que la señora Marquesa le hará a usted mucho caso.

CRIADO. Nosotros vemos lo que la señora Marquesa le aprecia a usted, aunque a muchos les está sentando muy mal.

FLORENT. Ya puede usted figurarse: entre ese señor Ansúrez, que quería casarse con la señora, y ese amigo suyo que no hace más que llevar y traer, van diciendo unas cosas...

ALBERTO. No quiero saber nada, hagan ustedes el favor. Ya es bastante.

FLORENT. ¿Se ha disgustado el señor?

CRIADO. Perdone usted. Comprenda usted nuestra intención.

ALBERTO. Sí, sí, lo comprendo todo. Déjenme ustedes.

CRIADO. *(A Florentina al salir.)* ¡Qué importancia!...

FLORENT. Él verá lo que hace. ¡Pues como se ponga a malas!... *(Salen Florentina y el Criado.)*

ESCENA X

ALBERTO y MATITO.

MATITO. Eliminado el Madrid. El árbitro ha metido la pata... ¡Ay!... Menos mal, no me ha oído usted.

ALBERTO. Sí te he oído; pero prefiero que seas tú el que comprendas que has dicho mal sin que yo tenga que llamarte la atención.

MATITO. No volveré a decirlo. Meter la pata. Es verdad, está muy feo; pero me parece que Florentina y Román también..., ahora sí debe usted dejarme que lo diga, han metido la pata también.

ALBERTO. ¿No has oído algo?

MATITO. No, no he oído nada; pero se ha quedado usted muy serio. Le habrán a usted venido con algún cuento. Yo, como ahora no bajo por los cuartos de los criados ni por la cocina, no me entero de nada.

ALBERTO. Ni te hace falta.

MATITO. Pues a mí me gusta saber lo que dicen, porque a lo mejor pasan cosas que no saben ni mi mamá ni mi abuela, y que deben saberlas. Como los criados hablan con los criados de otras casas, saben todo lo que hablan en las otras casas, y a lo mejor mi madre está muy creída que unos amigos la quieren mucho, y no es verdad, porque la ponen de vuelta y media, y a la abuela lo mismo.

ALBERTO. Se comete la indiscreción de hablar de todo delante de los criados.

MATITO. A mí me regañaban antes mucho porque decía muchas barbaridades a mucha gente; me decían que era

un salvaje. Pues no crea usted, demasiado sabía yo que decía barbaridades; pero se las decía a propósito a los que yo sabía que antes habían dicho cosas de mi mamá y de mi abuela, para que supieran que yo lo sabía. Me llamaban salvaje, pero no me importaba; lo que yo no quería era que me llamaran tonto. Desde que me voy educando ya no seré un salvaje; pero verá usted las veces que tendré que pasar por tonto.

ALBERTO. Es posible. ¡Ay, Matito!...

MATITO. ¿Lo ve usted? Se ha puesto usted serio, triste. ¿Qué le han dicho a usted?

ALBERTO. ¿Por qué te he tomado tanto cariño? ¿Por qué me quieres tú también? ¡Si tuviéramos que separarnos!...

MATITO. No. ¿Qué le han dicho a usted? Mi mamá no quiere que se vaya usted, mi mamá es la que manda.

ALBERTO. Sí, Matito; tenemos que separarnos, y lo más triste es que debes ser tú quien lo diga. Ya lo ves: tengo que enseñarte a mentir... ¡Qué buen maestro!... Es preciso que mientas, que digas a tu mamá que ya no me quieres, que hemos tenido un disgusto, que... Sí, es preciso que vuelvas a decir lo que yo había hecho que olvidaras, tu «¡No quiero, no quiero!...», que era ley en esta casa. Yo no puedo decir que soy yo quien se despide; parecería... No puedes comprenderlo; ¡ojalá pudiera yo decírtelo todo!... Despedirme yo sería buscar en tu cariño el modo de permanecer... Sí, Matito: tienes que ser tú quien me despida; es por el bien de todos, por la tranquilidad de esta casa, para que nadie pueda creer nada malo de mí, de nadie. ¿Lo harás, Matito?

MATITO. Si usted quiere...

ALBERTO. Hazlo por mí.

ESCENA XI

DICHOS y ELVIRA.

ELVIRA. ¡Hola! ¿Estás quí? Esta tarde saldrás solo con don Alberto; yo salgo con la abuelita y con tía Manolita; bajamos a la playa. ¿Qué tienes?

MATITO. Oye, mamá, don Alberto quiere que yo te diga una cosa.

ELVIRA. ¿Qué?

MATITO. Que te lo diga él.

ALBERTO. Sí, señora Marquesa: Matito dice que le fastidio, comprendo yo que le fastidio; que no me quiere, que no puede quererme, y debo marcharme, señora Marquesa.

ELVIRA. ¿Tú has dicho que te fastidia don Alberto? ¿Que no le quieres?

MATITO. Sí, no le quiero.

ELVIRA. Mírame... No es verdad.

ALBERTO. Señora Marquesa...

ELVIRA. No es verdad. Los niños saben mentir para ocultar sus faltas y sus travesuras, pero son malos cómplices para nuestras mentiras. ¿Es que mi hermano ha hablado con usted?

ALBERTO. No, señora Marquesa, nadie ha hablado conmigo.

MATITO. Han hablado Florentina y Román y no sé qué le han dicho.

ALBERTO. Señora Marquesa, sin explicaciones, que a todos nos avergonzarían, déjeme usted salir de esta casa. Desde el día en que me despidió la señora Condesa, su madre de usted, sabe usted que mi situación es muy violenta en esta casa.

ELVIRA. Está bien; si usted cree que debe marcharse, si usted lo quiere, si mi hijo lo quiere también... ¿Tú quieres que se marche don Alberto?

MATITO. No.

ALBERTO. Él no sabe, no puede saber...

ELVIRA. Sabe que usted le quiere, sabe que es usted bueno para él. La verdad, Matito: ¿tú quieres mucho a don Alberto?

MATITO. Sí.

ELVIRA. No quieres que se vaya, ¿verdad?

MATITO. No.

ELVIRA. Ya lo oye usted.

ALBERTO. Pero usted sabe, usted sí sabe...

ELVIRA. Yo tampoco quiero que usted se vaya.

ALBERTO. Es que yo no puedo consentir que nadie piense ni de usted ni de mí... Usted perdone.

ELVIRA. Tampoco yo puedo consentirlo; por eso estoy decidida a que no se piense nada, y lo que digan lo digan de una vez y para siempre.

ALBERTO. ¿Qué quiere usted decir?

ELVIRA. Yo no puedo decir más. Yo no había sabido educar a mi hijo porque no había sabido quererle. Usted le ha educado sólo con quererle, y al educarle a él me ha educado a mí. No puedo decir más... Ni mi hijo ni yo queremos que se marche usted de esta casa. ¿Qué dices tú, Matito?... Si.... *(Le habla muy bajo.)*

MATITO. ¡Sí quiero, sí quiero!...

ELVIRA. ¿Ha oído usted la respuesta?... Dile tú la pregunta.

MATITO. Que si me gustaría que fuera usted mi papá.

ALBERTO. Si no puedo, si yo no soy nadie... Si soy muy pobre... ¡Qué pensarían de mí!... ¡No puede ser!...

MATITO. Dice que es muy pobre.

ELVIRA. Yo no soy muy rica. El dinero es tuyo.

MATITO. Dice mamá que el dinero es mío. ¿Entonces puedo comprarme mañana un Citroën pequeñito?

ELVIRA. Lo que tú quieras.

ESCENA XII

DICHOS y la CONDESA.

CONDESA. ¿Qué has decidido?
ELVIRA. ¿Respecto a...?
CONDESA. A lo que hacemos esta tarde; de otras cosas no hay porqué hablar ahora.
ELVIRA. Sí hay que hablar, hay que hablar de todo. He decidido algo más: he decidido disponer de mi vida, volver a casarme.
CONDESA. ¡Gracias a Dios!... ¿Con Raimundo Ansúrez?
ELVIRA. No quiere Matito.
CONDESA. ¿Entonces?... ¡Jesús!... ¿Qué has pensado?
ALBERTO. No... Calle usted.
ELVIRA. Mira, mamá: yo guardo esta carta. *(Saca una carta de su bolso de mano. Leyendo.)* «Se trata de una persona excelente, recomendable por todos conceptos; su vida ha sido ejemplar: buen hermano, buen hijo, que ha sacrificado su porvenir por atender a su madre y a sus hermanas. Estoy seguro de que usted apreciará sus virtudes y buenas cualidades, como las apreciamos todos en esta casa, en donde se ha educado y en donde todos le queremos.»
CONDESA. La carta de recomendación del padre Fitero.
ELVIRA. Tu director espiritual, el que ha sido siempre un oráculo para ti. Pues figúrate que si estos informes son inmejorables para un maestro a quien vamos a confiar la educación de un hijo, también deben tener importancia para elegir un marido, porque la única falta que podríais ponerle es la diferencia de posición, y no creo, aunque pienses otra cosa, que vas a desmentirte ahora de lo que me decías siempre desde niña: que el dinero no da la felicidad, que no debe una casarse por interés; y si no está de acuerdo lo que piensas ahora con lo que has dicho siempre, per-

míteme que no tome para nada en cuenta lo que puedas decirme, porque si algo hemos adelantado en el mundo es precisamente que ya no queremos mentiras: la verdad, buena o mala; pero de acuerdo pensamientos y obras. Yo soy muy de mi tiempo, muy moderna. Ya lo sabes: me caso con quien quiero... Y a todo esto sin saber si él me quiere.

ALBERTO. No era yo el que podía decirlo.

ELVIRA. Tampoco yo me hubiera atrevido tanto sin probabilidades.

CONDESA. No esperes que te haga reflexiones. ¿Para qué? ¿Y qué dice Matito? ¿Quieres tú que se case mamá?

MATITO. ¡Sí quiero, sí quiero!...

ELVIRA. Ya lo oyes.

CONDESA. Si estáis todos contentos, ¿qué más puede desear una madre? A mí, la verdad, me había parecido muy bien siempre; pero es tan difícil librarse de preocupaciones de clases.

ELVIRA. Cuando no salva el dinero la diferencia, porque Ansúrez, que ése sí que es diferente de clase, os parecía muy bien para mí, y os sigue pareciendo muy bien para Genoveva.

CONDESA. Muy bien... Muy bien, no digas... En confianza: prefiero a éste.

ELVIRA. Estaba segura de ello, madre mía.

ALBERTO. *(A Matito.)* Ahora sí que vas a quererme.

MATITO. Y tú no me querrás ya tanto. ¿No querrás a mamá más que a mí?

ELVIRA. Cuando somos felices se quiere todo, se quiere a todos. ¡Hijo mío, madre mía, nunca os he querido tanto!

FIN DE LA COMEDIA

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
¡Libertad!, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.

Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manón Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los Buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.
Ganarse la vida, juguete en un acto.
El nietecito, entremés.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El Destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)
La ciudad alegre y confiada, comedia en un prólogo y tres cuadros. (Segunda parte de *Los intereses creados.*)
De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.

El mal que nos hacen, comedia en tres actos.
De cerca, comedia en un acto.
Los cachorros, comedia en tres actos.
Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.
La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.
La ley de los hijos, comedia en tres actos.
Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.
La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.
La honra de los hombres, comedia en dos actos.
El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.
La Cenicienta, comedia de magia en un prólogo y tres actos.
Una señora, novela escénica en tres actos.
Una pobre mujer, drama en tres actos.
Más allá de la muerte, drama en tres actos.
Por qué se quitó Juan de la bebida, monólogo.
Lecciones de buen amor, comedia en tres actos.
Un par de botas, comedia en un acto.
La otra honra, comedia en tres actos.
La virtud sospechosa, comedia en tres actos.
Nadie sabe lo que quiere o el bailarín y el trabajador, humorada en tres actos.
Alfilerazos, comedia en tres actos.
Los nuevos yernos, comedia en tres actos.
La mariposa que voló sobre el mar, comedia en tres actos.
El hijo de Polichinela, comedia en un prólogo y tres actos.
La noche iluminada, comedia de magia en tres actos y en prosa.
El demonio fué antes ángel, comedia en tres actos.
¡No quiero, no quiero!..., comedia en tres actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La Sobresalienta, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.
La fuerza bruta, dos actos, música de Chaves.

Precio: **2,50** pesetas.